

MAL ACABA

Por Alejandro Aristimuño

I

Ariel se despertó en la habitación de servicio de su departamento en el primer amanecer de una nueva etapa en su vida. Todavía estaba cansado pero al mismo tiempo se sentía aliviado, como si su cuerpo hubiese perdido varios kilos tras despojarse de una pesada e inútil mochila. Evidentemente lo envolvía cierto relajó, lo que marcaba el final de una serie de semanas de puro estrés. Hasta su estómago se percibía calmo, para variar. Atraído por la curiosidad típica que provoca una experiencia novedosa, apenas se levantó ese sábado temprano fue hasta la habitación matrimonial y vio la cama vacía y desecha. Luego recorrió la cocina y el baño: Milena ya había dejado el domicilio y también se había llevado el auto (si bien era propiedad de ambos ella lo usaba a diario, incluso hasta para ir hasta el quiosco de la vuelta de la esquina) ya que vio por una de las rendijas de la persiana por la que se filtraban tímidamente los rayos de sol que el vehículo no estaba estacionado en la puerta del edificio, como de costumbre.

En *shorts*, con el torso cubierto con una remera musculosa y descalzo, Ariel deambuló unos pasos disfrutando del silencio de su hogar hasta que se desplomó sobre el sillón ubicado frente al televisor de la sala de estar y se frotó sus ojos aun achinados.

Mientras se desperezaba con las piernas estiradas en el aire y los brazos extendidos encendió su *smartphone* y advirtió que tenía varias llamadas perdidas de su mejor amigo, Darío, quien aparentemente había intentado comunicarse con él reiteradas veces durante la noche y la madrugada, cuando Ariel apagaba el celular siempre que se iba a dormir, no como la mayoría de la gente que en la actualidad mantenía su teléfono permanentemente prendido y *on line* a pesar de que los estudios científicos más recientes indicaban que dormir con el celular activo y al alcance de la mano afectaba negativamente el sueño. Claro que en el caso particular de Ariel, tanto la vida social

como laboral no le demandaban tal sacrificio y eso le permitía no estar todo el tiempo “conectado” a la tecnología.

Ansioso, Ariel llamó a Darío para saber qué quería éste, cuál había sido el motivo de tantos llamados a horas inusuales y si había ocurrido una emergencia de algún tipo, lo que creía poco probable porque en ese caso su amigo le hubiese dejado un mensaje de voz, lo que no ocurrió. Paralelamente, Ariel también deseaba imperiosamente hablar con su amigo para comentarle una noticia suya muy importante. Sin embargo, Darío no respondió ya que seguramente dormía y tenía su celular en modo silencioso. Entonces, Ariel, determinado a darle la primicia, decidió ir directamente hasta la casa de su amigo, por lo que se vistió con unas bermudas de *jean*, alpargatas y una *chomba*; tomó unos mates acompañados con unos bizcochos de grasa humedecidos y se dirigió hasta la Terminal II de trenes ubicada a pocas cuadras del departamento, en la zona sur de la Capital Federal.

“Prefiero andar en colectivo”, se dijo Ariel, habituado a recorrer distancias cortas dentro de la ciudad, como de la casa al trabajo y viceversa; mientras apuraba el paso por las veredas que comenzaban a poblarse de transeúntes divididos en dos grandes grupos: los que disfrutaban del inicio del fin de semana, por un lado; y los que trabajaban medio día y, urgidos por cierta envidia, pretendían alcanzar a los primeros, por el otro.

Era una clara mañana de primavera gracias a un cielo celeste completamente despejado. Apenas se sentía una leve brisa del noreste, lo que contribuía a que la temperatura fuese agradable. Moviendo los pies de manera ligera, lo cual no se debía a su estado físico, precisamente, Ariel llegó rápidamente hasta la terminal ferroviaria, adonde no iba hacía bastante tiempo ya que sus deberes cotidianos casi nunca lo obligaban a salir de la Capital rumbo al conurbano y cuando lo hacía, de tanto en tanto y

sólo por razones de ocio como visitar a un familiar o amigo, como en este caso, se trasladaba en auto.

Así que al arribar a la boletería, en la que había una larga fila de personas a pesar de que era sábado, sintió como si hubiese regresado a su época de estudiante universitario cuando viajaba desde el conurbano, donde en aquel entonces residía junto a su familia, a la ciudad para asistir a la Facultad. Pero la melancolía y la nostalgia le duraron apenas unos minutos ya que rápidamente advirtió varios cambios en la infraestructura del amplio hall de la terminal en la que ahora funcionaban una serie de escaleras mecánicas que se conectaban con el subterráneo cuando antes había que abrirse paso por unas escaleras fijas de mosaico que parecían interminables. También el alto cielo raso se veía nuevo, bien iluminado y sin agujeros, y había carteles informativos electrónicos por doquier.

Sin embargo, la transformación más notable que Ariel notó fue la del ahorro de tiempo a la hora de sacar boleto con la tarjeta magnética que él solía usar para viajar en colectivo y subte. Esto permitía que las filas avanzaran con fluidez y desaparecieran las ventanillas de “pago exacto”, lo que había sido durante años la única forma de no demorarse para llegar al andén y abordar una formación.

“Deberían implementar el uso de la tarjeta para el estacionamiento medido en la ciudad”, se dijo el viajero mientras caminaba con el boleto de papel en su mano hacia el molinete donde el personal de vigilancia controlaba a los pasajeros antes de abordar. Y aquí descubrió que algunas cosas no cambiaban: ninguno de los guardas siquiera le pidió que mostrara el *ticket* para poder acceder al andén, así que daba exactamente lo mismo si había pagado o no para viajar. Molesto, Ariel estuvo a punto de arrojar aquel delgado, casi transparente, trozo de papel rectangular a la basura pero recordó que, tal

vez, a bordo del tren se lo iban a pedir y si no lo llevaba consigo lo obligarían a descender antes de llegar a su destino o abonar una multa.

El tren partió raramente puntual y con los vagones prácticamente vacíos. Es que a esa hora cercana al mediodía y en esa dirección, los pasajeros generalmente se movilizaban en sentido contrario al de Ariel, es decir, hacia la Capital. Así fue que recorrió prácticamente toda la formación para encontrar la mejor ubicación y durante ese reconocimiento consideró que los vagones diseñados para neutralizar el vandalismo resultaban muy incómodos, con asientos de plástico ignífugo duro y pequeños, al igual que las ventanas, las cuales, atravesadas por gruesos barrotes de hierro, sólo se podían abrir hasta la mitad, probablemente para evitar que las personas ingresasen o saliesen por allí en medio de un viaje en plena semana laboral y horario pico.

Sin embargo, no todos los vagones de un mismo *convoy* eran por entonces del tipo anti vandálico y no todas las formaciones contaban con ellos, por lo que, en definitiva, el usuario enfrentaba una especie de ensalada azarosa: podía o no tocarle viajar en un coche completamente nuevo sin importar el día, el horario o el trayecto que eligiese.

Por su parte, Ariel extrañaba los viejos asientos acolchonados, revestidos de cuerina marrón y con respaldos que se podían colocar hacia un lado o el otro formando una ubicación de dos plazas por separado o enfrentados para que cuatro pasajeros viajasen juntos, y las amplias ventanas con persianas metálicas, las cuales habían resultado eficaces para protegerse en los tramos del recorrido en los que el tren pasaba por el frente de algunos barrios conflictivos desde los que arrojaban piedras hacia los vagones. Ahora, nada impedía que un elemento contundente impactase contra la ventana, aunque ésta ya no era de vidrio sino de acrílico, por lo que se reducían considerablemente los daños.

Por otro lado, en otras líneas ferroviarias, especialmente las que iban hacia el norte desde la Terminal I y las del circuito electrificado de la II, contaban con vagones de última generación importados del Lejano Oriente, con asientos más cómodos, iluminación LED y equipos de aire acondicionado frío/calor. Aunque había pocas unidades con esos lujos y la mayoría de las locomotoras diesel aun no habían sido renovadas.

“Para ir al sur, siempre hay que sacrificarse”, bromeó Ariel apenas se sentó junto a la ventanilla que daba al levante en momentos en que el tren arrancaba su marcha y salía de la terminal. Fiel a la historia de sus costumbres personales, nuestro pasajero se ubicó en un asiento orientado hacia el frente de la formación porque sentía que si lo hacía en la posición opuesta, de espaldas a la locomotora, iba en contra de la corriente. Además, para él, mirando hacia adelante se apreciaba mejor el paisaje.

Con su nutrida cabellera ensortijada al viento llegó a la primera estación intermedia, la cual estaba próxima a la terminal aunque al otro lado del río, ya en territorio provincial. Desde arriba del tren Ariel pudo advertir que esta parada, una de las más amplias del recorrido, seguía prácticamente igual que en años anteriores, excepto porque algunas paredes habían sido recientemente pintadas para quitar *grafitis* y restaurados los bancos de cemento para sentarse a esperar en el andén.

Aquí, generalmente abordaba el tren una importante cantidad de pasajeros y en esta ocasión lo hicieron principalmente madres con hijos, una clara evidencia que se trataba de un día de fin de semana. Respecto de estas mujeres, lo que llamó poderosamente la atención de Ariel fue que se trataban de personas muy jóvenes, que se movían de a dos y que criticaban duramente, y con insultos en voz alta que retumbaban en todo el vagón, a los padres de sus respectivos hijos con los que, en la gran mayoría de los casos, ya no estaban en pareja o que, en el peor de los casos, no habían llegado a

estarlo excepto a la hora de mantener relaciones sexuales. “Ya son dos las generaciones en riesgo”, evaluó el pasajero, quien en otros momentos de mayor pesimismo creía que la primera de ellas directamente ya estaba perdida y sin retorno.

A pesar de ello, el viaje le trajo Ariel una grata sorpresa cuando se reencontró con un viejo personaje: el vendedor de pastillas. Apenas lo vio subir al tren no estuvo seguro de que se tratase del mismo hombre que él recordaba pero cuando escuchó el eslogan de éste sus dudas se disiparon de automáticamente. “Tres paquetes de pastillas de menta al precio de una, tres por unaaa...”, expresó el vendedor que llevaba apoyada sobre uno de sus hombros la caja de cartón que contenía los productos y en una de sus manos tres paquetes unidos con cinta adhesiva transparente y listos para entregar al primer cliente que aceptase la oferta.

Y si bien era el mismo vendedor ambulante con el mismo producto que él recordaba, Ariel advirtió un cambio en el eslogan que dejó en evidencia el inexorable paso del tiempo y que se trataba de que en su época de viajero frecuente la oferta era “tres paquetes por un peso, tres por un pesooo...” y ahora nada costaba un peso, salvo el boleto de ida.

Al llegar a la siguiente estación, que se levantaba sobre altas columnas de hormigón sobre un viaducto y parecía estar arriba de un puente que cruzaba la ancha avenida utilizada como una de las principales vías de acceso a la Capital, el vendedor de pastillas descendió de la formación y Ariel lo perdió de vista. El tren se detuvo allí brevemente ya que era un lugar de paso, con pocos pasajeros, sobre todo cuando no se aproximaba el horario de entrada o de salida de la universidad pública ubicada en las inmediaciones.

La siguiente estación, en cambio, implicó una pausa más prolongada ya que estaba abierta la feria comercial en el parque lindante a las vías del tren, por lo que el

movimiento de gente era bastante intenso. De hecho, varias de las mujeres con chicos que viajaban junto a Ariel descendieron allí, mientras que otras abordaron la formación cargando pesadas bolsas con las compras, principalmente de alimentos baratos y directos del productor, recién hechas.

“Que bueno que la pista atlética y la cancha de fútbol siguen estando”, murmuró Ariel, quien recordaba que en una ocasión había disputado, y perdido groseramente, un desafío ante un grupo de estudiantes del Profesorado de Educación Física que se dictaba en esa localidad.

El vagón se había tornado en un tremendo bochinche debido a los gritos de los niños que despertaban los reproches de sus madres quienes, especialmente las más jóvenes, ya no podían controlar a sus inquietos y excitados hijos. “No sé por hay personas que tienen tantos chicos si después no los pueden manejar y se viven quejando de ellos”, criticó Ariel mientras la formación se detenía en la siguiente estación, la cual parecía haber quedado congelada en el pasado ya que el piso de baldosas de los andenes, los tirantes del techo de las boleterías torcidos por el sol y la humedad y la cartelería estaban igual a la última vez que los había visto. Y todo eso provocó en él una catarata de recuerdos en los que estaba presente la bella imagen de Carola.

Observó el puente peatonal construido en madera que cruzaba las vías para salir de la estación y sintió que había vuelto a pisar esos viejos escalones a la par de aquella morocha de pelo lacio que le llegaba a la cintura y ojos gatunos tan oscuros como su cabellera que había sido por tres años compañera suya en la Facultad.

Esos 36 meses fueron un verdadero castigo para Ariel; sin embargo, los recordaba como una hermosa etapa en su vida, cuando todavía creía en que podía haber una mujer ideal para cada hombre. Durante ese tiempo, él se convenció de que estaba perdidamente enamorado de Carola, de quien no sólo amaba sus voluminosos pechos y

sus largas piernas, además de su rostro siempre sonriente, sino también su elegante forma de vestir, lo que la hacía parecer una mujer de mayor edad, y, especialmente, su generosidad para entregarse a quien ella realmente quería. Para el Ariel de aquel tiempo, no había nada que Carola no estuviese dispuesta a hacer para que su novio fuese feliz. Ella lo amaba con una devoción total y absoluta, la misma que aplicaba a su fe cristiana, y su compañero de estudios quedó atrapado por esa virtud. Carola representaba la combinación perfecta ya que reunía lo bello y lo bueno, por lo que Ariel vivió su amor hacia ella en profundo secreto, esperando, en vano, que el noviazgo alguna vez terminase y él pudiese, al fin, expresarle a la joven sus verdaderos sentimientos.

Ni siquiera Ana, otra compañera de estudios que viajaba con Ariel y Carola en el mismo tren, llegó a sospechar de lo que sentía el muchacho a pesar de haber compartido largas charlas, tanto con uno como con la otra, en esas interminables jornadas en las que se reunían a realizar trabajos prácticos grupales, casi siempre en la casa de Carola, que era la más accesible para todos ya que quedaba a mitad de camino de donde vivían los otros dos.

De hecho, la vivienda se ubicaba a pocas cuadras de la estación ferroviaria, sobre una calle que cortaba la avenida principal que nacía perpendicular a las vías del tren y avanzaba en dirección al oeste, donde funcionaba el centro comercial.

Fue en esas reuniones de estudio donde Ariel se enamoró aún más de Carola ya que fue conociendo su hogar por dentro y descubrió que la joven mantenía relaciones sumamente cariñosas y dulces con todos los integrantes de su familia: papá, mamá, hermano y hermana, ambos mayores y la segunda más hermosa que ella. Esta mujer era tan preciosa que sólo un superhombre podía acercársele. Sin embargo, Ariel creyó que Carola era más simpática y nunca se dejó atrapar por la casi perfección estética de la hermana mayor.

Todos en la casa se llevaban bárbaro y Ariel concluyó que Carola era ideal, como hija, como hermana, como novia, como estudiante y como amiga, y que su devoción era claramente una herencia familiar. ¿Qué más se le podía pedir? Y fue en esas circunstancias en las que también conoció al novio de la joven y entendió que ese chico era muy afortunado ya que no tenía nada que envidiarle. Por eso maldijo su mala suerte por no haber estado en el lugar indicado y en el momento justo para conocer primero él a Carola, quien, curiosamente, tenía pocas amigas y todas ellas con novio, así que cuando salían los fines de semana, lo hacían en parejas.

A pesar de ello, y que Anita también estaba de novia hacía bastante tiempo y que las dos compañeras eran extremadamente fieles a sus respectivas parejas, Ariel fue varias veces a bailar con las dos chicas, principalmente, cuando terminaban de rendir los exámenes cuatrimestrales y salían a festejar que por unas semanas no iban a tener que estudiar ni concurrir a clases. Estas salidas llamaron la atención de quienes no entendían esta “amistad” entre tres jóvenes veinteañeros, en especial, la de los novios de las chicas que solían montar ciertas escenas de celos sin mayores consecuencias en el caso de Carola (no así para Anita, cuya pareja resultaba bastante posesiva) y también la de los otros compañeros de estudios que bromeaban con que, en realidad, los tres aprovechaban las reuniones de estudio para mantener relaciones sexuales a escondidas.

Pero nada de eso ocurrió jamás. De hecho, rara vez intercambiaban bromas sexuales, por el contrario, las chicas eran sumamente reservadas a la hora de referirse al sexo que mantenían con sus respectivas parejas, mientras que Ariel de vez en cuando alardeaba alguna conquista para provocar a las otras dos, de las cuales, sólo Anita mordía el anzuelo, al tiempo que Carola cultivaba el bajo perfil, lo que atraía aun más la atención del joven que fantaseaba con que detrás de esa imagen conservadora yacía una *femme fatal* a la que le encantaba el sexo oral y anal, dos temas absolutamente tabúes

para ella cuando los mismos quedaban arriba de la mesa, en el marco de una charla informal.

Esta relación tripartita fue creciendo en confianza a partir de que Ariel nunca expresó, ni siquiera indirectamente, sus sentimientos hacia Carola ni Anita quien, a su vez, estaba atraída por el físico de él, lo que fue percibido por el joven desde el inicio del vínculo entre ambos. La intimidad del grupo se basó entonces en una especie de pacto tácito en el que sus miembros aceptaron reservarse sus deseos más profundos, como si fuesen un tesoro oculto en el fondo de una caverna a la que nadie se atrevería a ingresar solo, y así transcurrieron tres años hasta que cada uno comenzó a cursar materias diferentes, según la especialización que terminaron eligiendo dentro de la carrera, y se hicieron de otros compañeros de estudio hasta graduarse.

Uno de los últimos encuentros de los tres fue la entrega de diplomas a la que el padre de Carola no pudo asistir porque estaba internado en su propia clínica privada (el hombre era un reconocido médico de la zona sur del conurbano) a raíz de una severa enfermedad cancerígena que lo devastó en poco tiempo.

Los caminos de la vida los fueron separando cada vez más y Ariel conoció a Milena, con quien entabló un noviazgo que le ocupó la mayor parte de su tiempo. Aun así, nunca se olvidó de Carola y tampoco de Anita, quien propició un reencuentro de los tres varios años después cuando se casó con su novio de siempre e invitó a la fiesta a sus dos ex compañeros de la Facultad.

Meses antes del evento, Anita los reunió una noche en un bar de la Capital donde les entregó las invitaciones para su boda. Allí, Ariel comprobó que la muerte del padre de Carola, de la cual se había enterado hacía poco tiempo a través de terceros en común, había cambiado a la joven, quien ya no lucía su semblante sonriente y cargaba con un gesto adusto. Físicamente se veía prácticamente igual de linda pero ya no

contaba con la misma simpatía ni dulzura. Se había vuelto una mujer fría y había dejado a su novio. En ese momento estaba en pareja con un hombre mayor, separado y con una hija, y no tenía ningún apuro en tener un hijo propio, como solía expresarlo cuando iba a la Facultad y hacía planes para después de terminar la carrera.

Si Ariel no hubiese estado de novio habría hecho cualquier cosa a su alcance con tal de “levantarse” a Carola esa noche o, quizás, fue el desencanto de verla tan distinta lo que le quitó el deseo de intentarlo. Lo cierto es que en esa velada nada ocurrió entre ellos dos y apenas el joven se marchó del bar se lamentó por haber desperdiciado, según él, una oportunidad inmejorable. Pero Carola ya había dejado de ser la mujer perfecta, todo lo que él siempre quiso a la hora de formar una pareja, y, además, la tenía Milena, que a su manera lo hacía feliz o, al menos, eso creía.

Fue tan chocante la desilusión que Ariel ni siquiera concurrió a la fiesta de casamiento de Anita y posteriormente apenas cruzó con ésta unos esporádicos llamados o correos electrónicos para intercambiar saludos para los cumpleaños de cada uno y los nacimientos de los dos hijos de ella.

Y con Carola jamás volvió a hablar, lo que no impidió que pensase en ella cada vez que pasaba por la estación de trenes cercana a la casa de ella, como en esa mañana de sábado, más de diez años después de la última vez que ambos se habían visto las caras, en la que Ariel se dirigía a la casa de su amigo Darío.

Envuelto en los recuerdos de Carola y su época universitaria, Ariel no advirtió que el tren ya estaba por llegar a la estación en la que debía bajarse. Y a la distancia ya se podía ver que seguía siendo unas de las terminales más pintorescas del ramal, rodeada por un parque con distintas especies de árboles y plantas que adornaban aquella pequeña localidad con variados tonos de verde, marrón, amarillo y hasta rojo.

Y justo antes de que se detuviera la formación, el pasajero descubrió la existencia de altas y gruesas columnas de cemento ubicadas a ambos costados de las vías y a pocos metros de distancia una de otra. “Parece que la vieja promesa de electrificar este trayecto se va a cumplir. Más vale tarde que nunca”, bromeó mirando al hombre mayor que se había sentado a su lado en la parada previa y que le devolvió una sonrisa sin pronunciar palabra. Lo que Ariel no sabía era que dichas columnas habían sido colocadas meses atrás, en los comienzos de la campaña electoral, por el candidato Fabricio Rapazzo, ministro de Transporte de la Nación, quien promovía en sus discursos lo que él mismo denominó “la revolución ferroviaria” con el objetivo de llegar al sillón presidencial, aunque su partido político lo prefería como gobernador provincial, el segundo cargo en importancia en el Poder Ejecutivo del país.

Pasaron aproximadamente treinta minutos cuando el tren en el que viajaba Ariel llegó a la estación del barrio de Darío. Nuestro pasajero fue uno de los pocos usuarios que descendió de la formación allí, una terminal poco concurrida y que en los últimos años sólo había cambiado un poco su fachada. Ariel bajó en el andén del lado del hall de la boletería, en cuyo cielo raso se podía observar con nitidez numerosas rajaduras en la mampostería. A diferencia de lo que él recordaba, la mayor parte del espacio estaba ocupado ahora por un maxi quiosco de un lado y una panadería con unas pocas mesas para sentarse a tomar y comer algo al paso, del otro. Eso sí, apenas salió del hall, se encontró con el mismo puesto de flores y el mismo viejo obeso y pelado que vendía *chipá* recalentado en una gastada plancha eléctrica.

Al caminar por la vereda que corría paralela a las vías y separada de éstas por un gruesa reja de hierro que había reemplazado recientemente a un maltrecho alambrado, Ariel divisó que en el otro andén, que daba a la avenida principal que atravesaba el pequeño centro comercial de aquella localidad, difícil de localizar en un mapa para

quienes no la conocían, aún permanecía de pie, junto a la boletería, el viejo puesto de diarios y revistas.

Y lo que más le llamó la atención cuando avanzó por la vereda fue que, a diferencia de lo que había notado desde el interior del tren, el florido parque de la estación estaba en mal estado, probablemente por la falta de mantenimiento, lo que a él le resultó una verdadera lástima ya que era uno de los espacios verdes más importantes de esa zona del conurbano, no solo por su belleza, sino también por el inmenso valor de reunir una serie de especies con las que sólo unos pocos parques en toda la región podían contar.

De hecho, para salir del parque de la estación había que transitar unos 80 metros hasta la calle y Ariel lo hizo maldiciendo que las baldosas de la vereda estaban casi todas destruidas a tal punto que en algunos tramos había desaparecido y el transeúnte debía pisar directamente sobre la tierra. En un día seco como ese sábado no representaba ningún problema, pero en una jornada lluviosa las consecuencias hubiesen sido bastante diferentes.

Para su agrado, los árboles todavía conservaban sus ramas, a pesar de que muchos habían caído como consecuencia del tornado sufrido el otoño anterior y que había arrancado también techos de casas, postes de alumbrado público y carteles de la vía pública, al tiempo que refugió sus sensibles ojos claros de un sol cada vez más intenso en las frescas sombras que brindaban.

Ya en una de las calles perpendiculares a la estación y sobre la que se ubicaba a varias cuadras de distancia el domicilio de Darío, Ariel se regocijó al ver que las casas particulares del barrio mostraban una mejor imagen que el parque que rodeaban la terminal ferroviaria. Evidentemente, el esfuerzo de los propietarios por mantener en

buen estado sus viviendas particulares superaba el realizado por el Estado y las empresas privadas a la hora de invertir en obra pública e infraestructura.

Por ello disfrutó de los amplios jardines con el césped bien cortado al ras y decorados con plantas de flores de colores, de las puertas y ventanas de madera que conservaban su brillo y calidez a pesar de los degenerativos efectos provocados por el contacto permanente con los rayos solares, y de las ligustrinas en vez de las rejas y paredones, lo que, en definitiva, otorgaba al barrio su clásico estilo campestre.

A medida que avanzó hacia el este, en dirección al río, el cual orillaba a un par de kilómetros de la posición de Ariel, por lo que resultaba imposible divisarlo entre la espesa vegetación, los históricos chalets de la zona, con techos de tejas y ladrillos a la vista, se alternaban con la nueva arquitectura de los dúplex construidos en terrenos en los que anteriormente había habido una sola vivienda que terminó dejando su lugar a varias unidades más pequeñas y feas.

En muchos casos, los propietarios originales de las añejas pero vistosas casonas habían muerto de viejos y sus herederos optaron por vender el inmueble, aprovechando el alza en el precio de la tierra, a una constructora que luego apuntaba sólo a hacer negocios a través de más viviendas en menos espacio, sin detenerse en si estas eran de buena calidad, cómodas o si encajaban en el estilo del barrio.

“Algunos parecen cajas de zapatos”, bromeó Ariel al pasar por el frente de cuatro dúplex que, uno pegado al otro, ocupaban los doce metros de anchos del terreno, el cual debía tener poco más de veinte de largo.

Al cabo de unos minutos más de caminata, Ariel llegó a la casa de Darío, la más alta y moderna de toda la cuadra. Su amigo, un arquitecto exitoso, había levantado una especie de cubo de dos plantas que resultaba atractivo porque el ladrillo visto de sus paredes exteriores había sido pegado “de canto”, es decir, sobre su costado angosto, en

vez de su cara ancha, como se hacía habitualmente. Esto se debió a que el dueño había decidido construir los muros en ladrillo hueco y, al mismo tiempo, conservar la imagen que se repetía en las demás viviendas del barrio.

Y como a la vez quiso tener la mayor cantidad posible de metros cuadrados descubiertos, Darío explotó la altura de la casa hasta una medida que resultó ser considerablemente superior a la del resto de los inmuebles. Sin embargo, al tener una construcción tan alta, el arquitecto no tuvo más remedio que resignarse a no colocar un techo de tejas con tirantes de madera y cielo raso de machimbre, como le hubiera encantado. Por ello, Darío terminó utilizando más vidrio y hierro para las aberturas, lo que le otorgó a la vivienda su imagen moderna.

La casa propiamente dicha se ubicaba sobre la línea municipal y no tenía una puerta de ingreso tradicional, sino que se accedía a la misma por un portón frontal por el que Darío también entraba su camioneta 4x4 importada. Luego, ya desde el sector de estacionamiento techado, sí había una puerta lateral que daba al interior de la vivienda, cuya parte posterior era enteramente vidriada, desde el suelo hasta el techo, para tener una conexión plena y directa con el jardín del fondo del terreno, en el que destacaba una pileta de natación con *deck* y un quincho lo suficientemente espacioso para que cupiera la parrilla.

Y como medida de seguridad, el arquitecto había colocado una costosa pero efectiva persiana metálica a motor que cubría toda la extensión de las ventanas y puertas de vidrio, en vez de recurrir a las rígidas rejas de hierro que en el último tiempo habían convertido las casas de familia en celdas de una prisión, algo sumamente curioso e irónico ya que los delincuentes estaban en la calle, no allí adentro.

Ariel golpeó con fuerza la chapa del portón porque no había timbre pero no obtuvo respuesta. Repitió la maniobra varias veces con el mismo resultado negativo.

Entonces, tomó su *smartphone* y llamó a Darío, primero al número fijo del domicilio y luego a su teléfono personal, en el que finalmente su amigo atendió con la voz ronca.

El dueño de casa bajó de su dormitorio de la planta alta vistiendo sólo un *bóxer* ajustado que marcaba la tonicidad de sus muslos y abdomen, el cual cubrió con una remera musculosa, y haciendo visera con su mano abrió la puerta escape del portón. Recién se levantaba de la cama y su escasa cabellera lacia estaba completamente despeinada, lo que le causó gracia al visitante que apenas lo vio largó una ruidosa carcajada ya que se había acostumbrado a verlo siempre bien vestido y aseado, sin importar la hora del día. Incluso, hasta para realizar alguna de las tantas actividades físicas que le gustaba practicar, su amigo solía cuidar celosamente de su imagen, en especial, a la hora de intentar ocultar su incipiente calvicie con gorras, pañuelos y cortes de pelo especiales.

-Te vas fatal, hermano –dijo Ariel apenas entró a la planta baja, un amplio ambiente en el que funcionaba la cocina y el living comedor separados por una larga barra cubierta por una mesada de *silestone* negro. Sobre ésta funcionaban las hornallas eléctricas y, por separado, en la mesada situada detrás, junto a la pared, el horno a gas.

-M veo como me siento –respondió Darío y se desplomó en el sillón situado frente a una pared lisa y blanca en la que en vez de colgar un gigante televisor plano e inteligente proyectaba el material audiovisual de su agrado con un poderoso cañón láser apoyado sobre una repisa atornillada en el muro opuesto, mientras que Ariel se acomodó en una silla junto a la mesa.

-¿Estás con resaca, Dari?

-Resaca es poco. Creo que se debería inventar un nuevo concepto para describir este estado –ironizó el anfitrión que con esfuerzo logró levantarse y caminar hasta detrás de la barra donde encendió la cafetera.

Si había algo que Ariel le reconocía a su viejo amigo era que a pesar de sentirse horrible, nunca perdía su buen humor, todo lo contrario a lo que ocurría con él.

-¿Estás solo?

Darío guardó silencio y meneó la cabeza con un gesto afirmativo.

-¿Y Melina?

-Se quedó a dormir en lo de la hermana.

-¿Fue a cuidar a sus sobrinos?

-No.

-¿Entonces? –Ariel miró a su amigo levantando el entrecejo.

-Nos peleamos. Bah, nos separamos –respondió Darío tomando dos tazas que seguidamente colocó junto a la cafetera que comenzaba a tomar temperatura y a emanar vapor envuelto en un leve chillido-. Por eso te llamé anoche, gil. Para contártelo.

-¿¡En serio!?! –exclamó Ariel alzando ambas manos hasta la altura de la frente sobre la que apoyo la yema de sus dedos- ¡Qué cagada! –continuó sin poder evitar dibujar una sonrisa en su rostro.

-¿Te causa gracia pelotudo? –Darío mezclaba asombro y bronca en su voz aun afectada por el exceso en bebidas alcohólicas y tabaco-. Encima, ni siquiera fuiste capaz de atenderme. Menos mal que no me estaba muriendo, eh, porque hubieses llegado para el velorio –agregó dirigiéndole a su amigo un vistazo con su mirada oscura y penetrante.

-No me estoy riendo de vos, boludo –expresó Ariel con un gesto serio-. Lo que pasa es que vine justamente a contarte que yo también me separé.

-¡Ah, bueno! Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo –Darío cambió rápidamente su enojo por la reacción inicial de su amigo y apagó la cafetera en ebullición.

-Parece un chiste de mal gusto: los dos nos separamos la misma noche. Increíble.

-Tal cual. ¿Y qué pasó? –Darío vertió el café en las dos tazas y le alcanzó una de ellas a su amigo, tras lo cual, se ubicó en otra de las sillas junto a la mesa-. Porque si bien me habías dicho que no venían bien no pensé que estaban tan mal...

-No daba para más, amigo... -Ariel se encogió de hombros, resignado-. Cuando empezás a buscar una razón para darle algún mínimo sentido a cada una de las cosas que hacés para mantener una relación, perdiste.

-Y sí. No hay que pensar tanto. Si no fluye naturalmente, no va más.

-Por suerte, fue una decisión tomada de común acuerdo, sin discusión ni peleas.

-Mejor así –asintió Darío, cuyo rostro dejaba entrever que en su caso no había resultado del mismo modo.

-¿Y con vos qué pasó? –preguntó Ariel intuyendo que la separación de su amigo había sido más violenta, sobre todo, por el carácter agresivo de él.

-¿Qué va a pasar, Ari? Lo de siempre. Vos sabés mejor que nadie cómo nos llevábamos con Meli: para el culo.

-Pero...

-Igualmente –interrumpió Darío-, en mi caso la decisión de separarnos la tomó ella.

-¿Ah, sí? –Ariel, sorprendido, dejó caer la taza sobre la mesa-. ¿Vos no te querías separar?

-No, para nada. Pero tampoco podíamos seguir como veníamos: todos los días una pelea por un problema distinto. Insalubre.

-Claro –coincidió Ariel, quien pensaba que ningún hombre en su sano juicio hubiese querido separarse de una mujer como Melina.

“¿Y ahora qué hacemos?”, preguntaron los dos amigos casi al unísono, lo que provocó una risotada sincronizada que retumbo contra el vidrio del ventanal.

Entonces, Darío le comentó a Ariel que su ahora ex mujer había decidido instalarse en lo de su hermana por un tiempo hasta encontrar un nuevo lugar dónde vivir ya que la casa era propiedad casi exclusiva de él, quien adoraba esa vivienda más que a nada en el mundo.

Mientras que Ariel le contó a su amigo que él, en tanto, había decidido irse provisoriamente a lo de su madre ya que el acuerdo con Milena incluía que ésta se quedaría a vivir en el departamento, el cual había sido un regalo de bodas de parte del padre de ella. Y si bien la titularidad de este inmueble estaba a nombre de los dos, Ariel nunca lo sintió como realmente suyo, quizás, porque consideraba que la ayuda de sus suegros era más bien una obra de caridad y que aquellos siempre habían sentido lástima por él. A pesar de lo cual, ahora, tras la separación, no pensaba renunciar a su legítimo derecho de que ante una futura venta del mismo él recibiera parte del dinero.

-¿Por qué no te venís a vivir conmigo? –Darío palmeó a su amigo en un hombro-. La casa es grande, así que lugar hay de sobra.

-¿Estás seguro? –dudó la visita.

-Sí, en serio. No voy a dejar que te banques volver a vivir con tus viejos. Sería demasiado castigo.

-No es para tanto, che.

-¡Dejate de joder! Yo ni loco volvería a lo de mis viejos. Además, va a ser cómo cuando estábamos solteros: fiesta, fiesta y más fiesta. ¡Jajá!

-Bueno, si no te molesta...

-¡¿Cómo me va a molestar?! Al contrario.

-Ok. Dale –afirmó Ariel entusiasmado por la propuesta, aunque sin prestar atención que pasaría a vivir bastante lejos de su lugar de trabajo, ubicado en la Capital, por lo que iba a tener que viajar mucho tiempo, ya sea en tren o colectivo. Él prefería la

segunda opción por una simple cuestión de hábito, pero la primera era claramente la mejor de las dos ya que la estación estaba cerca de la casa de Darío y el pasaje resultaba económico, lo que se adecuaba perfectamente a su presupuesto actual, el cual también se vería favorecido ya que su amigo no iba a dejarle pagar nada, excepto la comida, a pesar de lo cual, podía resultar un tema complicado dado que el dueño de casa rara vez cocinaba (sólo lo hacía cuando prendía un fuego y tiraba un buen trozo de carne roja o achuras a la parrilla) y casi siempre comía afuera o pedía *delivery*. Todo su estilo de vida era básicamente así ya que su buen pasar económico se lo permitía. Entonces se pasaba gran parte de su tiempo trabajando para una reconocida constructora y el resto gastando el dinero que percibía por su labor allí. De ahorrar, ni hablar, porque no lo necesitaba.

En cambio, Ariel era el estereotipo del docente y celaba hasta de su último centavo. Su vida siempre se había caracterizado por la austeridad, excepto cuando se rendía ante los excesos de su ahora ex mujer, que provenía de una familia adinerada y estaba habituada a darse todos los gustos. Pero Milena no era como Darío ya que la cuna de éste había sido como la de Ariel: una clase media sin faltantes ni sobrantes. Él había ganado su dinero trabajando por su cuenta mientras que ella lo heredó y, además, tenía un cómodo puesto en la oficina de su padre. Todo resuelto.

-Che, menos mal que ninguno de los dos tiene hijos porque, sino, toda esta situación sería mucho más complicada –retomó Ariel, quien se puso de pie y caminó hasta el mueble bajo mesada de la barra, construido en madera, en busca de una galletita para acompañar su segunda taza de café.

-Ni hablar. Es más, creo que si hubiese sido padre no me separaba...

-¿Para tanto?

-Es que yo no soy como vos, a mi sí me gustan los chicos. Igual que a Melina. Pasa que nunca encontramos el momento justo para tenerlos, según ella.

-Entiendo. Lo mismo le decía yo a Mile cuando ella sacaba el tema -Ariel levantó la cabeza sobre la barra y miró a su amigo-. ¿No tenés nada dulce para comer?

-No, no tengo. En esta casa no somos golosos.

-Lo son pero lo ocultan detrás de esas sacrificadas dietas a las que se someten para evitar engordar.

-Es que no todos tenemos tu metabolismo, amigo. Si yo comiera como vos, rodaría en vez de caminar.

Darío realmente envidiaba la genética de Ariel, quien no se cuidaba en las comidas ni realizaba ejercicios, salvo por el “picadito” de fútbol semanal con sus compañeros del trabajo.

-La verdad que no entiendo como hiciste para estar tanto tiempo en pareja con esa mina, amigo -retomó el dueño de casa que había vuelto a acostarse en el sillón.

-¿Por? -Ariel dejó de buscar comida y regresó frustrado a la mesa.

-Perdón que sea tan franco, pero ahora que te separaste debo decirte que vos podrías haber conseguido una mujer mucho mejor.

-Decís eso porque nunca te llevaste bien con ella, nada más.

-Puede ser, pero convengamos que sos un tipo fachero, más allá de que no te cuidas y te vistes como un reo; inteligente y buen profesional, pero terminaste eligiendo a una mina que te vivía rompiendo los huevos por todo, que nunca te dejaba en paz.

-Hasta ahora.

-Y lo bien que hiciste en plantarte firme.

-De todos modos, Mile no era tan mala como parecía, eh.

-Al principio seguro que no lo era, por eso no te culpo. Me acuerdo que de pendeja estaba re fuerte aunque por lo que vos me contaste nunca fue gran cosa en la cama y, para colmo de males, con los años su cuerpo se vino abajo.

-A veces llegás a ser extremadamente superficial, ¿lo sabías?

-No seas tan sensible, che. Además, vos bien sabés que lo más importante en una relación de pareja es el sexo, si eso no funciona, chau. No importa lo bien que te lleves en la convivencia.

-Cierto.

-¿O por qué te pensás que yo seguí con Melina tantos años a pesar de que vivíamos peleando? Ella no habrá sido la mina más linda con la que estuve pero fue, sin dudas, la que mejor me cogió en la vida.

Melina no será muy linda de cara pero tiene un cuerpazo, todo lo contrario a Mile, evaluó Ariel en silencio.

-¿En qué pensás, Ari? –preguntó Darío ante la prolongada pausa de su amigo.

-Que lo de Melina ya me lo dijiste en más de una oportunidad.

-Ah, ok.

-¿Y sabés, qué? Yo tampoco te entiendo, Dari.

-¿Qué no entendés? A ver...

-Por qué siempre tenés una minita escondida oculta por ahí si Melina es la mejor para el sexo. Eso es lo que no entiendo.

-Yo dije que el sexo es lo más importante, pero no lo único. Siempre van a existir cosas que tu relación no te da. Así es la vida, amigo.

-Y sí.

-Lo más importante es que yo siempre tuve en claro las cosas: con Melina era amor y sexo, con las otras sólo sexo. Nunca mezclé los tantos y fui prolijo.

-Eso debo reconocértelo.

-Pero bueno, ahora empezamos una nueva etapa. Ya no pensemos en eso.

-¿Y en qué, entonces?

-En divertirnos. Estamos pisando los cuarenta y tenemos toda la vida por delante.

-Me gusta esa idea.

-Te prometo que vamos a llenar esta casa de pendejas hermosas. Todos los días de joda. Vas a ver. Eso sí, nada de engancharse con alguna mina. Cero compromisos, eh.

-Obvio. De ahora en adelante cosas sencillas, nada complicado.

-Exacto.

Sin embargo, las palabras finales de Ariel no sonaron tan seguras como las de Darío, quien a pesar del dolor que aun sentía por el fin de su matrimonio estaba convencido que lo mejor estaba por venir.

II

Ariel todavía padecía un fuerte dolor de cabeza, derivado de la excesiva ingesta de vino tinto ocurrida la noche anterior en la que Darío había preparado una exquisita y generosa entrañada a la parrilla para su grupo de amigos, cuando salió de su nuevo hogar (a pesar de que no tenía ningún derecho de propiedad sobre el mismo ya comenzaba a sentirlo un poco suyo) hacía la estación de tren local para viajar hasta la Capital. ¿Qué era tan importante para realizar semejante esfuerzo un domingo a media mañana, cuando todos sus compinches nocturnos aun dormían? Bueno, el plan era sencillo: quería recoger sus últimas pertenencias que quedaban en su ex departamento y Milena le había ofrecido como única opción ese día y esa hora ya que durante el resto de la semana, según ella, estaría “muy ocupada”. Por su parte, Ariel desconfiaba de este argumento pero como no quiso discutir con ella terminó accediendo sin quejas, lo que le valió la reprobación inmediata de Darío cuando en plena madrugada decidió abandonar a los fiesteros para irse a dormir y poder levantarse en un horario razonable. “Te separaste pero seguís siendo un dominado, ¡no lo puedo creer!” le dijo su actual conviviente entre bromas y copas que nunca llegaban a vaciarse por completo ya que cuando el jugo violáceo acariciaba el fondo del cristal alguien se encargaba de hacerlo subir nuevamente hasta el borde.

Las pertenencias de Ariel no eran muchas, de hecho nunca lo habían sido, a pesar de lo cual, las mismas fueron trasladadas desde el departamento hasta la casa por etapas ya que Milena se había quedado con el auto de la pareja y él se movilizaba en transporte público y, en raras ocasiones, pedía prestada la camioneta de Darío, quien durante la semana trabajaba largas jornadas y los fines de semana se sumergía en las profundidades de su agitada vida social, por lo que no contaba con demasiado tiempo

libre. Claro que Ariel no le reprochaba su falta de disponibilidad dado que su intención era no realizar demasiadas demandas que se sumasen al atrevimiento de haber invadido su casa.

Las horas previas al mediodía dominical se trataban, muy probablemente, del momento de la semana con menos pasajeros a bordo del tren. Ya no quedaban los desvelados que regresaban a sus hogares tras una extensa salida nocturna y apenas se veían a los padres que acompañaban a sus hijos varones a la práctica de algún deporte, principalmente fútbol, en los predios ubicados en cercanías a las distintas estaciones ferroviarias. Estos eran fáciles de reconocer porque los niños iban vestidos con los uniformes y calzados reglamentarios de sus respectivos equipos, como si estuviesen ya listos para salir a la cancha a jugar.

Bien distinto era el escenario de los sábados por la tarde, por ejemplo, cuando las formaciones terminaban copadas por los hinchas de los clubes de la zona que viajaban de una cancha a la otra para ver a sus futbolistas profesionales preferidos. No se trataba solamente de hinchas comunes, excedidos en pasión; también había, aunque en menor cantidad, los denominados “barra bravas”, quienes alentaban por el triunfo de sus colores queridos pero a cambio manejaban la reventa de entradas a los estadios, el estacionamiento de los vehículos particulares a través de los “trapitos”, los puestos de comida y venta ambulantes del predio y, en ocasiones, el robo “al voleo” y la comercialización de narcóticos en la tribuna.

Debido a que este fenómeno se había expandido sin control en los últimos años, el Gobierno Nacional terminó prohibiendo la asistencia de público visitante a los partidos de fútbol para tratar de evitar los enfrentamientos entre barras de distintos clubes. Sin embargo, los incidentes, incluso los producidos a bordo de los vagones y en las estaciones, continuaron entre facciones de una misma barra que se disputaban el

control total de la hinchada amparados por los dirigentes de las entidades deportivas involucradas, los cuales miraban para otro lado, a veces por miedo ya que recibían amenazas y otras por connivencia debido a que compartían los beneficios económicos de las mencionadas actividades ilegales.

El viaje hasta la Capital transcurrió sin sobresaltos y Ariel se pasó la mayor parte del tiempo leyendo una novela que había comprado durante la semana en una librería ubicada cerca de la casa de Darío y en la que se vendían obras usadas en buen estado, considerablemente más baratas que las nuevas ya que por el precio de éstas últimas se podían adquirir hasta tres de las primeras, una razonable inversión si se buscaba leer algún autor poco conocido o un clásico que ya había pasado de moda.

Esta librería se había convertido en el último tiempo en uno de los lugares preferidos de Ariel, quien los viernes por la tarde solía revisar las estanterías polvorientas y charlar con la encargada, una señora mayor que aun conservaba gran parte de la belleza de su juventud. Esta mujer era viuda y se encargaba del local que había montado con su difunto esposo, y cada tanto recibía la ayuda de su hija mayor, la cual no se parecía demasiado a ella.

Luego de husmear un largo rato, Ariel salía de la librería, ubicada en una esquina en la que confluían una calle poco transitada y otra sin salida, lo que aumentaba el nivel de privacidad, y caminaba unas cuadras hasta un café, también pequeño y algo escondido, donde se sentaba a leer y a observar a los transeúntes que pasaban por delante de la vidriera, imaginando que él se encontraba en un rincón bohemio y romántico del Viejo Continente, el cual nunca había podido visitar y sólo conocía a través de los textos de historia y los comentarios de allegados suyos, como Darío, quien sí habían podido hacerlo y a los que les pedía, más bien rogaba en reiteradas oportunidades, que a su regreso le regalasen postales, folletos y guías turísticas, las que

coleccionaba meticulosamente con la esperanza de que algún día le servirían para su propio viaje.

Con la mente dispersa, el viajero se quedó sentado de cara a la ventanilla cuando el tren detuvo su marcha en la Terminal II. Permaneció en esa posición contemplativa varios minutos antes de descender de la formación e iniciar el camino hasta el departamento de su ex pareja, el cual seguía figurando como el destino de su correspondencia y su domicilio en su documento de identidad.

Dicha terminal ferroviaria funcionaba desde fines del Siglo XIX en un predio ubicado donde terminaba la avenida ancha, la cual fue de adoquines en un inicio, justo frente al río que separaba Capital de Provincia. Previo a la instalación del tren, este lugar había sido un gran mercado en el que confluyeron las carretas a caballos provenientes de distintos puntos del interior del país con sus productos destinados a la comercialización local y también la exportación a través del puerto porteño. Durante un sólo año llegaron a transitar por allí hasta 7.500 de esos vehículos cargados con lanas y cueros, principalmente, y cada una de ellos soportaba hasta 100 kilos de mercadería, lo que no llegaba a entorpecer su traslación, incluso cuando debían cruzar el puente de madera sobre el cauce de agua, en ese momento, la única vía de acceso a la ciudad por el lado sur.

A pesar de tratarse de un enorme galpón atiborrado de comerciantes también se realizaron viajes de pasajeros, aunque con un cronograma limitado. Por ejemplo, para los destinos más alejados uno al mes, a los ubicados a mitad de camino dos y a los cercanos tres; mientras que las paradas del Interior no fueron estaciones tradicionales sino como puntos de encuentro, como una botica o una oficina de correos.

De esta manera, las carretas recorrieron hasta 80 kilómetros diarios, a veces desviándose significativamente para evitar los cursos de agua, con hasta 15 pasajeros a

bordo distribuidos en tres clases, entre los cuales, los pertenecientes a la tercera debían descender y ayudar cada vez que vehículo se encajaba en el barro.

Este intenso movimiento de mercaderías y personas puso en evidencia la necesidad urgente de contar con un tren que uniese el mercado con el sur de la provincia, por lo que un empresario británico, que tenía campos en un pueblo situado a unos 100 kilómetros de la Capital junto a una hermosa laguna, solicitó al Estado la concesión de una línea ferroviaria a cambio de 1 millón de pesos, propuesta que fue rápidamente aceptada por la Cámara de Diputados de la Nación que consideró que las vías de hierro significaban el mejor sustituto de los caminos de tierra para expandir el crecimiento del país y unir a los ciudadanos en un extenso territorio.

La concesión finalmente se acordó por el plazo de 40 años, durante los cuales el Estado eximió a la empresa de pagar impuestos y derechos aduaneros a cambio de transportar gratis la correspondencia y a la mitad de precio los soldados del Ejército Nacional. El Poder Ejecutivo también se aseguró la potestad de decidir cuáles ramales abrir y, además, expropiar la línea cuando lo dispusiese por una indemnización del 20 por ciento. Y, por otro lado, obligó a la firma a construir un tranvía dentro de la Capital.

Una vez aprobado el proyecto, el empresario británico debió viajar a Londres para conseguir el capital inicial necesario ya que no lo pudo obtener en el mercado local. En su tierra natal logró el apoyo de un par de banqueros que le facilitaron un préstamo para constituir la firma *Ferrocarril del Sur*, la cual emitió acciones por 750 mil libras y encomendó otras 650 mil a una contratista inglesa para la construcción de la línea, incluyendo las estaciones y los talleres. Y al ingeniero encargado de supervisar toda la obra se lo retribuyó con 15 mil.

Se trató del mismo contratista que ya había construido en el país las líneas Norte y Oeste, las cuales partían de la Terminal I, situada en el extremo de la Capital opuesto

al de la II, por lo que la línea Sur fue muy similar a las otras dos en cuanto a su diseño, aunque con algunas diferencias producto de la irregularidad del terreno que debía cubrir, lo que demoró su puesta en funciones.

La concesión había sido otorgada por el Gobierno Nacional, pero el Provincial se opuso porque consideraba escasos los beneficios económicos para sus arcas, a raíz de lo cuál, los empresarios británicos tuvieron que sobornar a varios funcionarios para que finalmente permitieran llevar adelante la obra. La condición que destrabó el conflicto fue la promesa de que el tren llegase hasta los balnearios de la costa atlántica donde justamente pasaba sus vacaciones el gobernador y los principales miembros de su gabinete.

Una vez logrado el acuerdo, las obras comenzaron inmediatamente y en primer lugar se estableció que el hall de la Terminal II funcionaría en el terreno antes ocupado por una batería militar que había sido destinada para la defensa de la ciudad en la época colonial. Allí mismo se hizo la ceremonia de inauguración de los trabajos con la presencia del presidente de la nación y el gobernador, quienes dieron las primeras “paladas” en la tierra. El primero cavó en el suelo y el segundo cargó la carretilla, tras lo cual, el ingeniero en jefe anunció que había llegado la hora de comenzar, y así un batallón de obreros se lanzó a su trabajo.

Mientras que los funcionarios, entre los que también había representantes del gobierno británico, se dirigieron luego hasta un toldo donde disfrutaron de un gran banquete que incluyó asado a la parrilla con variedad de achuras y mucho vino tinto. Fue un verdadero festín del que participaron 400 invitados y que quedó registrado en los diarios de la época como un hecho histórico ya que en un lugar donde antes de había hecho la guerra ahora se labraba en paz y armonía o, al menos, eso era lo que parecía a la vista de la comunidad.

En ese marco se tardó apenas poco más de un año en construir 114 kilómetros de vías y 11 estaciones, y poner en funcionamiento ocho locomotoras con un total de 185 vagones, entre los cuales hubo siete destinados al transporte de las encomiendas y 75 cubiertos para los pasajeros.

Al comienzo, la línea fue de vía sencilla, excepto en el tramo comprendido dentro de la Capital ya que allí se encontraban los talleres y depósitos del material rodante, por lo que se hizo doble para facilitar el movimientos de las formaciones.

Y cuando el tren finalmente llegó hasta la laguna junto al campo del empresario británico, éste organizó una multitudinaria excursión al pueblo cabecera del partido para inaugurar la estación.

En dos años, la línea Sur duplicó la cantidad de pasajeros (de 200.000 a 400.000) y las toneladas de carga (de 15.000 a 30.000), lo que significó una rentabilidad de 7,5 por ciento promedio. Sin embargo, recién en la siguiente década, la empresa prolongó sus vías tras firmar un nuevo contrato con el Gobierno Nacional para rescindir el anterior y la respectiva garantía que beneficiaba al Estado.

Las nuevas obras incluyeron un empalme para las tres paradas situadas dentro de la ciudad y la remodelación del viejo puente de madera que cruzaba el río hacia provincia para reforzarlo con hierros dobles que pudiesen soportar más rieles. Las reformas también constaron de la colocación de tres cilindros de acero rellenos de cemento en ambas márgenes del curso de agua y sobre estos se construyeron los estribos que sostendrían ambos puentes ubicados a 50 metros de altura sobre el cauce, el cual no era navegable por aquellos años en ese tramo.

El Ferrocarril del Sur llegó a su apogeo en la década del '20, cuando cada estación inaugurada o nuevo viaje se convirtió en un evento atractivo para toda la sociedad, un genuino motivo para festejar el progreso. Sin embargo, a partir de entonces

devino la decadencia por distintas razones, entre las cuales, se destacaron la devaluación del peso, los altos costos laborales y la competencia que representó el surgimiento y desarrollo de los automóviles.

Si bien la empresa ferroviaria desaceleró su crecimiento, para los '40 se había convertido en una de las firmas del ramo más grandes del continente con unos 8.200 kilómetros de vías y cientos de estaciones.

Ya después de la Segunda Guerra Mundial, el escenario nacional e internacional cambió drásticamente y el gobierno de turno estatizó todos los ferrocarriles que circulaban en su territorio y los ubicó bajo el control de una sola misma empresa dependiente del Ministerio de Transporte. Así, la línea Sur incorporó nuevos ramales que le permitieron llegar a otras provincias de norte, oeste y la Patagonia.

La nacionalización de los trenes permitió cubrir hacia el sudeste toda la costa marítima de la provincia, lo que facilitó el desarrollo urbano de esta región que antes de este avance no era más que un montón de médanos y pinares junto al océano. Por ello, línea Sur puso una marcha un ramal exclusivamente industrial para cubrir esos destinos y promover la explotación de la leña. Y en cuanto al transporte de pasajeros, durante los primeros años, las estaciones en estos balnearios sólo permanecieron abiertas desde diciembre hasta abril para impulsar la temporada turística de verano.

Estas paradas se situaron mayormente en las afueras de las localidades para no afectar el tránsito interno en un espacio reducido de por sí, por lo que con el correr de los años, los turistas, motivados por la comodidad y economizar tiempo y distancias, prefirieron viajar en ómnibus o autos particulares, lo que finalmente llevó a un desuso del tren, a pesar de que éste era el medio más barato para trasladarse. Claro que los otros dos le aventajaron porque resultaban más veloces.

La nacionalización de los trenes también trajo una renovación del material rodante que dejó de construirse en madera para tener una estructura cubierta por un acero inoxidable acanalado que le brindó una brillante imagen plateada. Estas nuevas formaciones importadas de Norteamérica eran más livianas y contaban con mejor suspensión, por lo que su traslación se volvió más ligera y silenciosa. Además, los vagones quedaron unidos entre sí por un fuelle especial que hacía que el tren estuviese prácticamente cerrado de un extremo al otro. Y en los casos de los viajes de larga distancia, las formaciones tenían camarotes especiales, sillones, bares y restaurantes. Y a todo esto se le agregó una locomotora con una turbina a vapor de 6.000 caballos de fuerza, lo que la hacía sumamente veloz.

Pero los norteamericanos dejaron de invertir tanto dinero en trenes y comenzaron a dedicarse más a la aviación, por lo que los ramales de lujo dejaron de ser un buen negocio debido a los altos costos de los mismos. Así, este tipo de *convoy* sólo se utilizó para viajar a los principales centros turísticos de la costa atlántica ubicados a no más de 500 kilómetros de distancia de la Capital. Recién en los '60, con las nuevas locomotoras nacionales más económicas, se utilizaron para los lejanos destinos del oeste y el sur del país.

Estas “máquinas” fueron construidas con un sistema mixto diesel y eléctrico en los talleres nacionales por técnicos y obreros locales, y permitieron llegar a la costa en tan sólo 3 horas y 45 minutos. En total, se construyeron 600 y fueron un verdadero éxito.

Durante esa época “dorada” también se construyó un viaducto de 25 metros de altura entre la primera y la segunda estación de lado provincial para no afectar el tránsito peatonal y vehicular pesado que predominaba en esa zona, en la que funcionaba una gran cantidad de fábricas, aunque estas fueron cerrando en las décadas posteriores.

Por estos años también se pudo viajar en tren hasta la ciudad más austral de la provincia en un servicio expreso semanal capaz de recorrer unos 650 kilómetros en poco más de seis horas y sin detenerse en ninguna estación intermedia. Generalmente, esta formación partía los lunes a las 13 y llegaba a destino a las 19.15, aproximadamente, y regresaba a la Capital los jueves por la mañana. Pero a poco de haber sido puesto en funcionamiento este servicio, un tren descarriló y las autoridades decidieron que comenzara a realizar paradas intermedias para chequear el estado de la formación y recambiar el personal de a bordo.

A pesar de las grandes prestaciones que el tren brindaba a la comunidad, la migración interna desde el Interior a las grandes ciudades y el constante desarrollo del tránsito caminero llevó a que los trenes de larga distancia tuvieran cada vez menos pasajeros, por los que estos servicios se volvieron menos frecuentes para abaratar costos y volcar la maquinaria y el personal a los viajes en la zona metropolitana, los cuales si crecieron exponencialmente debido al aumento de la población.

Tras un nuevo período de depresión, el tren pareció renacer en los '70 con nuevas locomotoras diesel pero el antiguo sistema de rieles y señalamiento, y los equipos de control resultaron insuficientes para la novedosa maquinaria, lo que impidió acortar el tiempo de duración de los viajes, especialmente, los destinados a los centros turísticos.

A esto le siguió una falta de mantenimiento de la infraestructura atrasada y el *boom* del parque automotor privado que derivaron en una fuerte decadencia del sistema ferroviario estatal, también motivado por una mala gestión de la obra pública a la que no le preocupó iniciar una etapa de desmantelamiento de la red que incluyó el cierre de algunos ramales y talleres, el abandono de las vías y estaciones menos transitadas, y la disminución del personal.

En apenas seis años se suprimieron 3 mil kilómetros de la extensión de la red ferroviaria y hasta comienzo de los '80 otros 6 mil. En ese marco, el Ferrocarril del Sur pasó a tener unos 7 mil y, no conforme con ello, el Gobierno decidió reducirlo a 5 mil para que fuese “comercialmente conveniente”. Así, cerca de la Capital Provincial algunos de los galpones que rodeaban la estación se convirtieron en depósitos para chatarra cubiertos de polvo y yuyos, y condenados al olvido.

Sin embargo, lo peor ocurrió en las pequeñas localidades del interior provincial que prácticamente desaparecieron cuando dejó de pasar el tren por allí. Los habitantes de estos lugares, en su mayoría trabajadores ferroviarios, intentaron en un primer momento resistir la falta de empleo con la esperanza de que la estación volvería a abrir pronto, pero esto no ocurrió y debieron abandonar sus casas, las cuales no volvieron a ser ocupadas ya que a nadie le interesaba vivir en un “pueblo fantasma”, y reubicarse en las grandes ciudades en condiciones laborales precarias.

El panorama en el Interior se tornó desolador pero en la zona metropolitana los pasajeros aumentaban y el sistema requería modernizarse y ganar eficiencia, aunque no representase un “buen negocio” para el Estado. Así fue que se iniciaron las tareas de electrificación de “Circuito”, el otro ramal que partía de la Terminal II y que se complementaba con la línea Sur aunque era más “joven” que aquel y también se diferenciaba porque era un recorrido más corto y que comenzaba y terminaba en el mismo lugar, como si se tratase de una pista de carreras.

Para ello se adquirió nuevo sistema de control, se renovaron las vías y se elevaron las plataformas de las estaciones para adaptarse a las nuevas formaciones de origen japonés. Y para dichos trabajos se creó un Centro de Capacitación en la que los fabricantes extranjeros daban clases a los obreros nacionales. Es que en algunos casos las remodelaciones eran demasiado complejas al punto que determinadas paradas

debieron ser demolidas y vuelta a construir. De esta manera, también se perdió el estilo arquitectónico original basado en los techos de tejas y madera y las paredes de ladrillos a la vista.

Y si bien el plan estatal inicial fue el de electrificar los dos ramales, los recursos no alcanzaron para lograr dicho objetivo y la línea Sur, el que justamente pasaba por el barrio de Darío y terminaba en la Capital Provincial, quedó relegado, a la espera de una “revolución”.

En los '90 hubo un brusco golpe de timón ya que la política del Gobierno de turno fue la de privatizar las principales prestadoras de servicios estatales (tren, agua, gas, luz, teléfono, correos, etc.) que por entonces arrojaban enormes pérdidas económicas. En el caso de la red ferroviaria se estimó un déficit de hasta 1 millón de dólares diarios, por lo que el Poder Ejecutivo lanzó una masiva campaña publicitaria para convencer a la comunidad que no había otro camino que dejar el negocio en manos particulares, aunque sin aclarar que las preferían extranjeras en vez de nacionales.

Para comienzos de la década, el tren transportaba la mitad de los pasajeros que 30 años antes, por lo que a la propaganda gubernamental no le costó demasiado convencer a una opinión pública que estaba cansada del abandono que sufría la red ferroviaria. Fueron años extremadamente difíciles en los que hasta la estación del barrio de Darío estuvo cerrada por un tiempo, período en el que el jardín que rodeaba la parada estuvo a punto a volver a convertirse en un terreno baldío, como en sus orígenes.

Así, en los últimos meses de la gestión estatal las cancelaciones y demoras de trenes llegaron a 240 mil, por lo que los ciudadanos que utilizaban dicho medio de transporte a diario para ir a trabajar y/o estudiar aplaudieron efusivamente cuando se firmó el decreto presidencial que finalmente privatizó toda la red ferroviaria.

Claro que las privatizadas no fueron “la salvación” ya que la primera medida que tomaron los nuevos dueños para reducir los costos fue reducir drásticamente la cantidad de personal al que le ofrecieron el retiro voluntario o tareas administrativas mal remuneradas. La mayoría de los obreros ferroviarios se quedaron sin trabajo y no volvieron a reinsertarse en el mercado laboral hasta mucho tiempo después.

Al momento de ser privatizada y pasar a ser propiedad de un grupo empresario dedicado a la producción de cemento y acero, y que tenía también acciones en un banco francés, la línea Sur contaba con unas 50 locomotoras, 5 mil vagones y 3 mil kilómetros de vías habilitadas.

La primera reactivación que tuvo esta línea fue precisamente la del transporte de carga ya que había que mover las bolsas de cemento y los pesados caños de acero, al igual que la arena y las piedras, desde las fábricas situadas en el interior provincial hacia la Capital del país para que luego fuesen comercializados en el área metropolitana, el principal mercado de la construcción. Por entonces ya no se exportaba tanta mercadería a través del puerto, el cual pasó a dedicarse casi exclusivamente a recibir un vendaval de productos extranjeros importados a precios bajos, lo que prácticamente destruyó la competencia local.

De esta manera se reacondicionaron los vagones para que estos pudiesen cargar unas 120 mil toneladas de dichas manufacturas cada mes. Y también creció el tráfico de compuestos petroleros y frutihortícolas provenientes de la Patagonia y de los granos producidos en los campos de la llanura pampeana. Y a pesar de que las vías no estaban en condiciones de soportar tanta carga, la nueva empresa, que pasó a contar con mil empleados, llegó a realizar 10 viajes diarios de este tipo.

Luego de que las manos privadas hicieron su negocio con el transporte de cargas en vez de pasajeros, y de girar las ganancias a sus casas matrices en el extranjero sin

realizar demasiada inversión, la línea Sur pasó a tener nuevos dueños. Esta vez fueron empresarios nacionales que a fines de los '90 se vieron afectados por una recesión que ya llevaba varios años y acentuó el deterioro de la economía local, y que tampoco invirtieron un billete de su bolsillo para mejorar el servicio. Eso sí, reabrieron como pudieron algunas estaciones, como la del barrio de Darío, por ejemplo.

Con la crisis económica de los primeros años del nuevo milenio la línea tocó fondo. Las cancelaciones y demoras eran habituales, los vagones no tenían luces, puertas ni ventanas, los asientos estaban todos rotos y las viejas y gastadas locomotoras diesel resultaban cada vez más lentas, por lo que el pasajero dedicaba la mayor parte del tiempo a un viaje que se asemejaba más a una tortura. Por ello, los que contaban con los recursos económicos suficientes decidieron transportarse en colectivo, mientras que los pobres más jóvenes recurrieron a la bicicleta, la cual cargaban en el furgón del tren sin pagar boleto. De hecho, el servicio era tan patético que los inspectores de a bordo ni los de las estaciones controlaban que los pasajeros tuviesen su correspondiente *ticket*.

En 2003, a partir de que la economía comenzó a recuperarse con un nuevo Gobierno que puso en práctica una política diferente a la de la década anterior, volvieron a circular los expresos desde la Terminal II hacia la Capital Provincial, un paliativo para los golpeados pasajeros del conurbano quienes, de todos modos, siguieron padeciendo cancelaciones, demoras, accidentes y vagones en pésimo estado.

Pero la paciencia tuvo un límite y este quedó expuesto en el invierno de 2007, cuando una formación quedó varada en la entrada de dicha terminal y la empresa canceló todos los viajes, por lo que ningún tren pudo entrar o salir de la estación. Esto ocurrió un jueves a las 18, cuando miles de personas cansadas pretendían llegar a sus hogares luego de una extensa jornada de trabajo. Furiosos, los pasajeros incendiaron y apedrearon las boleterías del hall central y otras oficinas del lugar. Fue una verdadera

batalla, también aprovechada por un minúsculo grupo de delincuentes que saquearon los locales comerciales de la terminal, que fue transmitida en vivo por los canales televisivos de noticias y que terminó cuando la Policía dispersó a los manifestantes con camiones hidrantes y balazos con postas de goma. En total, hubo 25 heridos, la mayoría efectivos apedreados y apaleados, y más de 15 detenidos.

A raíz de estos serios incidentes, el Gobierno Nacional decidió volver a colocar la administración de la línea Sur bajo la órbita del Estado, aunque le concedió el mantenimiento y reparación del material rodante, tanto el nuevo como el usado, a la firma privada *Trenes XXI*, la cual no contaba con una larga trayectoria en el ramo, a pesar de lo cual ya explotaba otras líneas ferroviarias. Además, se le otorgó el rango de Ministerio a la Secretaría de Transporte, por entonces a cargo de Roberto Juárez, quien al asumir su nueva función y anunciar públicamente la concesión a la mencionada firma aseguró que ésta era “la única empresa en el país” capaz de brindar la materia prima adecuada para mejorar el servicio. De esta manera, el Estado conservó su potestad sobre las vías férreas y volvió a ser el empleador de los obreros de la línea haciéndose cargo del sueldo de 3.200 trabajadores.

Lo mismo ocurrió con las líneas provinciales, las cuales también pasaron a la Nación luego de que se les dio de baja los contratos establecidos durante los '90 a los empresarios privados que ya habían sido multados en incontables ocasiones por su atroz desinversión. En muchos de los casos, la Presidencia acordó con cada gobernador mejorar la red con nuevas obras a cambio de controlar los ramales de su jurisdicción. Los acuerdos también se celebraron a nivel municipal, con los intendentes de cada uno de los partidos en los que había al menos una estación ya que en el conurbano algunos distritos llegaban a contar con tres o cuatro.

En el marco de ese paquete de medidas se creó una Sociedad del Estado (SE) para la Administración de los Ferrocarriles Nacionales (AFN) que terminó concentrado el control absoluto y la gestión de los trenes en todo el país. Fue en estas oficinas donde se gestó el proyecto del primer “tren bala” de la República, el cual uniría la Terminal I con los principales destinos turísticos del norte del país. Para ello, se debía electrificar todo el trayecto y modernizar las vías y formaciones para que estas viajaran a unos 250 kilómetros por hora y redujeran a más de la mitad el tiempo de viaje.

Los funcionarios gubernamentales anunciaron este proyecto por todos los medios de prensa con discursos altisonantes en los que se refirieron a millonarias inversiones “jamás vistas en la historia del país” pero el dinero local no alcanzó y la crisis económica internacional limitó el capital extranjero, por lo que el “tren bala” nunca salió disparado hacia ningún lado. En cambio, lo que sí se concretó fue la puesta en funcionamiento de un servicio semi rápido a la costa con formaciones de origen español, importadas por la firma Trenes XXI.

La inauguración de esta nueva forma de viajar se llevó a cabo en conmemoración del Bicentenario de la Independencia de la Nación, aunque recién se puso en marcha un año después, en 2011. Sin embargo, apenas doce meses más tarde, por inconvenientes técnicos entre las máquinas importadas y el estado de los rieles, el semi rápido se canceló y desde entonces, todos los ramales de la línea Sur permanecieron más o menos en las mismas condiciones. Cada tanto se incorporaron nuevos coches pero no alcanzaron para reemplazar todas las formaciones que así lo requerían, por lo que viajar en mejores condiciones se tornó en una especie de lotería cada vez que el pasajero llegaba a una estación, sea cual fuere.

Ariel salió de la Terminal II y en vez de caminar hasta el departamento, esta vez, cansado y mal dormido, decidió tomar un colectivo aprovechando que el día y el horario implicaban un caudal de pasajeros considerablemente menor, lo que acortaba los tiempos de viaje, circunstancia que quedó confirmada cuando arribó a su antiguo domicilio en menos minutos que si lo hubiese hecho a pie. Y como aún conservaba su juego de llaves entró directo al edificio y luego subió por el ascensor hasta el cuarto piso. El pasillo estaba desierto, por lo que procuró no hacer ruidos que delataran su presencia allí y al quedar parado frente a la puerta del departamento colocó la llave correspondiente en la cerradura pero del otro lado de la misma también estaba colocada otra llave. ¡Toc!, ¡toc!, golpeó la puerta con su puño cerrado mientras desde el interior del inmueble alcanzó a oír un cuchicheo agudo. Le sorprendió que Milena estuviese acompañada ya que se la imaginaba durmiendo, como históricamente lo había hecho en ese momento de la semana. “Mile, soy yo, abrí, por favor”, dijo Ariel elevando apenas el volumen de su voz ante la posibilidad de que su ex mujer estuviese con otro hombre y su intromisión pudiese generar una escena incómoda para todas las partes involucradas. Y al no obtener una respuesta de inmediato, consideró por unos momentos irse del lugar y regresar en un rato, como una medida preventiva. “Que mina, pelotuda. Si le avisé que iba a venir”, susurró al tiempo que evaluaba sus opciones. “¡Ya va!”, exclamó una voz femenina desde adentro. Los pasos se aceleraron y enseguida la puerta se abrió. En el umbral no estaba Milena sino Melina.

-Hola –dijo Ariel sin poder disimular el asombro dibujado en su rostro.

-Hola, Ari –respondió Meli con una sonrisa.

-Escuché una voz de mujer pero nunca me imaginé que ibas a ser vos, jajá.

-¡Sorpresa! –bromeó Meli y luego dio unos pasos hacia atrás sin soltar el picaporte de la puerta-. Pasá, pasá.

-¿Y Milena? –preguntó Ariel apenas cruzó el umbral y echó un vistazo alrededor del departamento en el que observó una decoración completamente nueva y cargada de artículos mobiliarios y adornos, totalmente opuesto al estilo minimalista que él le había otorgado al lugar.

-Está bañándose –respondió Meli, quien cerró la puerta y sacó la llave, la cual luego colgó en un porta llavero de pared, también nuevo para el visitante- ¿Querés tomar algo? Recién saqué la pava del fuego y empecé el mate.

-Dale, gracias –Ariel se acomodó en el sillón, el mismo que había comprado con su ex hacía muchos años aunque ahora estaba cubierto de pequeños almohadones con estampados florales.

A la visita no sólo le llamó la atención la presencia de Melina un domingo por la mañana, a pesar de que las dos mujeres siempre se habían llevado bien y compartido muchas actividades las dos solas sin la participación de él ni Darío, sino también que la mujer estaba vestida con una pijama de dos piezas, una musculosa escotada y un *short* que dejaba al descubierto ese hermoso pliegue de la piel donde termina el glúteo y comienza la cara posterior del muslo, como si recién se hubiese levantado.

“Lo único que me falta es que estas dos se hayan convertido en lesbianas. Me mato acá mismo si es así”, se dijo Ariel, quien a la distancia no podía quitar los ojos de encima de Meli, que se había introducido a la cocina dándole la espalda. Y en ese instante de excitación le vinieron a su mente una serie de imágenes con las que había fantaseado en reiteradas oportunidades cuando su instinto le provocaba un intenso deseo de saber cómo sería meter a las dos mujeres juntas en su cama, a solas con él y tener sexo con ellas hasta que no le quedara una gota de energía en su cuerpo. Y cuando esto sucediese sólo recostarse a mirar cómo lo hacían entre ambas.

-Che, Meli, ¿te quedaste a dormir? –preguntó Ariel apenas logró despojarse de las fantasías y recobrar el sentido común.

-Sí, ya van varios días –Melina se aproximó hasta el sillón en el que Ariel seguía sin entender exactamente lo que estaba ocurriendo y apoyó la pava y el mate sobre la mesa ratona, tras lo cual, se sentó al lado del hombre con las piernas recogidas. Recién entonces advirtió la cara repleta de dudas de él-. ¿Qué? ¿No te dijo Mile?

-¿Qué cosa? –Ariel la miró fijo a los ojos.

-Que estoy viviendo acá, con ella.

-¡¿En serio?! –exclamó el hombre-. No sabía nada.

-¿Te molesta? –preguntó ella tímidamente.

-¡¿Cómo me va a molestar?! Está todo bien. Quedate tranquila –Ariel apoyó su mano sobre la pierna desnuda de Meli, a la altura de la rodilla, y ella rió, a lo que él la retiró inmediatamente después para no quedar en evidencia.

-¡Menos mal! –expresó Melina aliviada. Ari, es un dulce, pensó enseguida.

-Igualmente, hubiera preferido enterarme de otra forma.

-Tenés razón. Perdoná.

-No es tu culpa, Meli. La dueña de casa es Milena. Ella debió habérmelo dicho.

-Quizás pensó que te ibas a oponer.

-Para nada. Hablamos de tantas otras cosas... y al final siempre nos terminamos poniendo de acuerdo.

-Entonces se le olvidó.

-Seguramente.

-Que bueno que ustedes dos puedan seguir hablando sin problemas –retomó Melina luego de sorber de la bombilla con fuerza y fruncir el ceño.

-Ojo que no es tan fácil.

-Pero lo logran. Yo con Darío tengo asuntos, como los vinculados a la casa por ejemplo, en los que nos manejamos únicamente a través de nuestros abogados para no terminar a las puteadas –Melina cebó un mate y se lo pasó a Ariel.

-Sí, lo sé -él tomó el mate pero no lo bebió enseguida-. Es una cagada pero calculo que ya van a encontrar otra manera mejor.

-No sé. Ya pasaron varios meses y el panorama es cada vez peor.

Ahora sí Ariel hizo una pausa, tomó el mate y se lo devolvió a Melina.

-¿Y cómo la estás pasando con Darío? –preguntó ella intercambiando los roles protagónicos de la conversación.

-Todo bien, por suerte.

-¿Sí?

-Absolutamente. La casa es muy cómoda y nos arreglamos sin problemas para los quehaceres domésticos.

-¿Sigue yendo la misma mujer a limpiar?

-¿Rosita?

-Sí, la misma, aunque está tan vieja que ya casi no tiene fuerza.

-¡Jajá! Qué malo sos.

-No, para nada. Es la verdad. Pobre Rosita, cuando no da abasto yo me encargo de la cocina y a ella le dejo los baños.

-¡Qué vivo! La peor parte le toca a ella.

-Y bueno... -Ariel se encogió de hombros y ambos rieron.

-Che –retomó Meli-, me imagino que Darío te debe estar haciendo cocinar como loco porque él no es capaz de preparar ni un huevo duro, ¿no?

-No es para tanto. A la parrilla sabe hacer de todo. Además, existe el *delivery*.

-Cierto que él es un gran parrillero –ironizó-. Algún día va a inventar como preparar unos fideos con salsa a las brasas.

-Si lo logra va a ser famoso y rico –bromeó-. Ya me lo veo en los programas de televisión en los que cocinan esas recetas raras, de autor, jajá.

-Dejá de defenderlo, ¿querés?

-Vos sabés muy bien que no lo estoy defendiendo –Ariel miró a Melina con su entrecejo levantado.

-¿Defendiendo a quién? –Milena interrumpió la charla apareciendo en el living con la cabellera aun mojada y una toallón envolviendo la misma.

-¿A quién va ser? –la retórica de Melina provocó que Mile dibujase una sonrisa cómplice en su rostro algo enrojecido por el calor del agua de la ducha que acaba de tomar.

-Ese tipo es indefendible –la anfitriona se acercó hasta la mesa y se cebó un mate.

-No empieces –Ariel intentó detener la marcha de la conversación porque sabía perfectamente a dónde apuntaba llegar su interlocutora, a quien Darío nunca le agradó del todo, incluso, cuando las dos parejas amigas aun estaban juntas.

-Es la verdad. ¿O no dejó a Meli en la calle? –Milena miró a su amiga buscando que esta asintiera pero Melina bajó la vista y le puso una cucharadita de azúcar al mate antes de beberlo en silencio.

-Con ese criterio, entonces, vos me dejaste en la calle a mí también, ¿o no?

-No es lo mismo. Lo nuestro fue de común acuerdo.

-Ok. Yo no comparo pero vos no hables de lo que no es asunto tuyo.

-Resulta que sí lo es porque ella es mi amiga –Mile señaló a la cebadora con la palma de su mano- y ahora estamos conviviendo las dos.

-No discutan –intervino Melina alcanzándole el mate a Ariel.

-No estamos discutiendo –respondió él bajando la voz.

-Para nada –coincidió Milena y luego se dirigió a la cocina, mientras que Ariel y Melina permanecieron los dos callados, sentados en el sillón hasta que él rompió la incomodidad de la situación anunciando que iba a recoger sus pertenencias que le quedaban por mudar, a lo que la dueña de casa, de espaldas a aquellos dos, asintió con un ligero movimiento de la cabeza.

Tras recibir la aprobación, él se levantó del sillón y se dirigió a la ex habitación matrimonial en la que conservaba algunas prendas, sobre todo las invernales, en un recoveco del placar. Y mientras Ariel se abocó a colocar su ropa y demás objetos en una caja de cartón de mediana dimensiones ya que algo más grande no lo iba a poder cargar en su viaje de regreso en tren, las dos mujeres permanecieron hablando por lo bajo en la cocina.

A la visita no le tomó demasiado tiempo organizarse y al cabo de unos minutos estuvo listo para partir. Cuando volvió al living, Meli y Mile seguían en la cocina, donde la primera ya había comenzado a preparar el almuerzo.

-¿Querés quedarte a comer? –preguntó la cocinera a Ariel, quien antes de responder miró a su ex, la cual ni se inmutó.

-Gracias, pero no puedo. Ya me tengo que ir –respondió él y se despidió rápidamente de las dos mujeres con sendos besos en la mejilla.

-¿Vos sos o te hacés?-preguntó Milena a su amiga una vez que Ariel cruzó la puerta.

-¿Por?

-¿Cómo por qué? –Mile de pie junto a Meli codeó a ésta a la altura de cintura-

Porque invitaste a mi ex a almorzar con nosotras.

-Fue un gesto de cortesía, nada más. Estaba cocinando y me parecía de mala educación no ofrecérselo -Meli dio media vuelta y retomó su tarea de pelar las zanahoria sobre una tabla de madera apoyada en la mesada-. Además, sabía que él iba a decir que no.

-¿Y si decía que sí?

-No iba a decir que sí –respondió Meli-. No es tan boludo como vos pensás -dijo mientras la dueña de casa se retiró, sin pronunciar palabra, al living donde encendió el televisor y se echó sobre el sillón. Recién al cabo de un breve *zapping* decidió hablar:

-Avisame si necesitás que te de una mano-indicó Mile, pero esta vez fue la cocinera la que prefirió callar.

Por su parte, Ariel regresó a la terminal para tomar el tren de regreso hasta lo de Darío pero primero tuvo que soportar una demora de veinte minutos sentado en el vagón hasta que por lo altoparlantes anunciaron que esa formación estaba suspendida “hasta nuevo aviso” y que el siguiente tren saldría desde el extremo opuesto de la estación.

Apenas resonó el anuncio, los pasajeros saltaron del tren y caminaron cruzando las vías entre los vagones y máquinas detenidas y abordaron la nueva formación, la cual se completó rápidamente ya que reunía el doble de gente previsto. Ariel siguió a la muchedumbre y subió al tren en el que, obviamente, apenas consiguió un diminuto espacio para permanecer de pie en el descanso entre un coche y otro. Allí esperó otros veinte minutos hasta que anunciaron que esa formación también se cancelaba por un “desperfecto técnico”, por lo que debían regresar al primer tren.

La gente, furiosa, bajó de la formación y repitió la misma temeraria maniobra entre los rieles y abordó el primer tren. Y cuando los pasajeros ni siquiera habían terminado de acomodarse (una forma de decir ya que se parecían a una corrida de toros en

San Fermín), otra vez el altoparlante dio un anuncio: esta vez, el tren estaba definitivamente cancelado.

El pasaje estalló de bronca y comenzaron los empujones e insultos y las discusiones con los guardas que no tenía ninguna responsabilidad en las demoras ni cancelaciones. Y tras varios minutos de zozobra, los más revoltosos, resignados, corrieron a las paradas de colectivos para cambiar de medio de transporte y tratar de llegar a sus destinos.

Ariel, en tanto, decidió aguardar el siguiente tren que figuraba en el tablero electrónico ya que la caja con la que cargaba le resultaba un obstáculo inevitable para poder moverse con comodidad, y mientras esperaba se acercó a dialogar pacíficamente con un empleado ferroviario que le contó que las demoras y cancelaciones se debían a que se estaba refaccionando el puente ferroviario sobre el río. “¿Y por qué no trabajan durante la noche o la madrugada, cuando no hay trenes?”, fue la pregunta obvia de Ariel. Claro que no recibió una respuesta. “Ni siquiera un domingo al mediodía se podía viajar tranquilo”, concluyó.

III

Trevithick era una localidad pequeña en su extensión territorial y por esa razón se la consideraba, equivocadamente, un barrio. Y al igual que ocurría con otros distritos vecinos del conurbano con nombres en inglés, como Hudson, Ranelagh o Wilde, la mayoría de las personas, especialmente las que no residían allí ni conocían demasiado el lugar, lo pronunciaban “Trevitic” (con acento en la última “T”), lo que molestaba y mucho, a los vecinos locales, no tanto a Darío y Ariel, quienes si bien habían nacido y crecido allí siempre procuraron ampliar sus horizontes personales y profesionales más allá de los límites geográficos del barrio cuando la tendencia histórica de la comunidad era lo contrario: encerrarse en sí misma, como una especie de élite. Lamentablemente para estos dos amigos, esa actitud se mantuvo prácticamente inalterable en los 105 años de historia que llevaba la localidad, la cual se fundó en abril de 1911 a partir de la inauguración de la estación del ferrocarril Sur.

El primer habitante oficial y permanente fue el encargado de la terminal, un descendiente directo del creador de la locomotora a vapor, quien vivió allí mismo junto a su esposa y sus cinco hijos, rodeado sólo de pastizales y unos pocos árboles de baja estatura. En total fueron 200 las hectáreas de tierra arcillosa en las que se delimitó la localidad y este suelo, tan llano y ubicado a una considerable altura sobre el nivel del río, resultó ideal para el paso del tren ya que esas dos características no se repetían en los distritos linderos, los cuales estaban atravesados por accidentes geográficos y camineros bastante irregulares.

Al encargado le siguieron otros empleados ferroviarios que comenzaron a poblar los lotes ubicados alrededor de la estación, que inicialmente se trató de un simple galpón de chapa, y en forma paralela a las vías, los cuales le fueron concedidos a la

empresa por el gobierno provincial a cambio de las obras emprendidas. Entonces, la compañía creó una inmobiliaria que se dedicó a comercializar esas amplias porciones de tierra entre sus trabajadores a los que beneficiaron con créditos accesibles y mano de obra, aunque la mayoría de los empleados del tren sabía de albañilería, carpintería, pintura, electricidad, plomería y hasta herrería, por lo que en sus horas libres dedicaban estos conocimientos a levantar sus propias casas, donde pasaban a ser capataces, jefes y dueños, todo al mismo tiempo, la mejor forma, sin dudas, de sentirse realizados y cumplir sus sueños que traían desde el otro lado del océano con la esperanza de alcanzar un gran porvenir en un mundo nuevo en el que casi todo estaba por hacerse. Lo que no se imaginaron los iniciadores de este proceso fue que sus sucesores iban a continuar con los asuntos pendientes de manera diferente a la suya y con resultados poco satisfactorios.

Al igual que Darío y Ariel, yo también nací y crecí en Trevithick, y a pesar de que durante un largo período de mi vida residí en otros lugares no pude evitar regresar allí, donde me defino en todo sentido, tal como lo hizo mi padre, quien, en cambio, sí vivió en el mismo barrio y en la misma casa hasta su muerte, del mismo modo que David Grant, el abuelo de Darío y encargado de la primera inmobiliaria local.

Fue precisamente mi padre quien llegó a conocer en persona al “gran Deivid” (este nombre era pronunciado en inglés por fonética y sin excepción) y me enseñó la historia de nuestra localidad, la cual nunca quedó registrada en los libros de historia, por lo que cuento con una versión limitada de la misma, con algunos baches e inconsistencias.

Lo que jamás podré olvidar es que mi padre siempre decía que cuando puso un pie en aquellas tierras llanas por primera vez “era todo campo” y que el paisaje fue cambiando gracias a la constante labor de “Deivid”, quien también se desempeñó como

constructor en las principales casas de estilo Tudor, las cuales llamaron la atención de la alta sociedad de la Capital Federal, por lo que muchos inmigrantes porteños decidieron irse a vivir allí, inicialmente los fines de semana y tiempo después de manera permanente.

Pero esto ocurrió años más tarde a la etapa de urbanización primaria de Trevithick, que constó de la creación del destacamento policial, que funcionó a partir de 1912 en un vagón remodelado ubicado en el playón de la estación, y la instalación en 1915 de la estafeta postal en la oficina del jefe de la terminal. Poco después abrió sus puertas la sala de primeros auxilios atendida por la enfermera Geraldine, la esposa de “Deivid” y quien terminó siendo la partera del barrio ya que las mujeres residentes en los alrededores iban a dar a luz allí debido a que los demás centros asistenciales les quedaban lejos. Además, en la mayoría de estos casos no se presentaban otras urgencias con mayor complejidad que atender.

Como en toda historia que merece ser contada, en esta también hubo un antes y un después y eso ocurrió en 1918, cuando por un lado se creó el club de golf y, por el otro, nevó por primera vez en Trevithick y sus alrededores, aunque esto último se fue perdiendo en la memoria de los vecinos ya que se pudieron conservar muy pocos registros fotográficos sobre el inusual fenómeno que se produjo un sábado 22 de junio lluvioso, frío y ventoso que coincidió con el día 1421 de la Primera Guerra Mundial.

Aquella madrugada el termómetro tocó los dos grados bajo cero y cerca de las 15.30 la llovizna se convirtió en una constelación de partículas blancas que, con algunas pausas, no paró de caer hasta el domingo, cuando los matutinos dejaron de lado el tema bélico y dedicaron varias páginas a la cobertura de la nevada mientras toda la comunidad no podía salir de su asombro.

Es que los vecinos se la pasaron reunidos al aire libre, incrédulos de lo que estaba pasando. Tanto en Trevithick como en las adyacencias no se habló de otra cosa y por dos días muchos de los habitantes de esta zona sintieron que habían vuelto a vivir en su Europa natal.

Sin embargo, la nevada tuvo su lado negativo como la muerte por hipotermia de varios linyeras y las demoras en los viajes de tren ya que los maquinistas tuvieron escasa visibilidad y condujeron a paso de hombre.

De todos modos, esta sorpresa (el Servicio Meteorológico no había alertado sobre la posibilidad de que ocurriese) duró hasta que se derritió la nieve y el lunes pasó a ser un recuerdo que hoy apenas se conoce a través de unos pocos recortes periodísticos ya que todas las personas que pudieron presenciarlo murieron con el correr de los años y se llevaron consigo las imágenes de esa blancura extraña y, a la vez, mágica, venerada como un regalo del cielo.

Aquel 1918 también fue crucial ya que la empresa ferroviaria buscó aumentar el valor de las tierras y para ello dispuso 65 de las hectáreas que le pertenecían para construir un campo de golf, lo cual demandó varios años. Sin embargo, la mayor dificultad fue tener las instalaciones adecuadas, como los vestuarios y un salón gastronómico y de reunión para los jugadores, quienes eran trasladados hasta allí en tren por la propia compañía que, para suplir la falta de infraestructura, dejaba un vagón con comedor especial estacionado en una vía muerta ubicada junto a la entrada del predio para que los golfistas lo utilizaran libremente.

En un comienzo, los jugadores provenían de la Capital pero luego se fueron sumando los residentes locales que lentamente desplazaron a los primeros, no sólo en cuestión de espacio físico sino también en el nivel de juego. Así, los golfistas de Trevithick terminaron convirtiéndose en los mejores del país y despertaron elogios,

incluso, en el extranjero ya que muchos de ellos se sumaron a los *tours* internacionales en los que obtuvieron triunfos resonantes.

Mi padre se instaló en el barrio junto a mis abuelos en los '20 y me contó que su madre, apenas vio dónde iban a vivir casi se puso a llorar porque acababa de llover y todo el terreno era una especie de lodazal. Y mi abuelo, al ver la desesperación de su esposa, pensó que no iban a poder durar más de tres meses allí, por lo que una de las primeras medidas que tomó fue hacer la vereda de cemento alrededor de la residencia y hasta la calle para no embarrarse el calzado y/o las bota mangas de los pantalones ni tampoco ensuciar el piso interior de la vivienda.

Por entonces, sólo había unas cuatro casas frente a la estación de trenes por las que pasaba el lechero con su carro tirado a caballos en el que cargaba los tambores. Este comerciante ambulante, unos de los primeros innovadores en el futuro *delivery*, tocaba a la puerta, entregaba la leche y se iba al igual que el panadero, quien también se movilizaba con tracción a sangre. Es que la panificadora estaba ubicada a unos seis kilómetros de distancia, en lo que hoy es la cabecera del partido, cerca del almacén de ramos generales, cuyo encargado tenía un joven empleado al que enviaba todos los días a tomar los pedidos de los vecinos de Trevithick para llevarles la mercadería a la mañana siguiente. Claro que la frecuencia de las entregas dependía de las condiciones climáticas ya que si llovía demasiado era prácticamente imposible transitar por esos caminos y había que esperar que se secase lodo.

La vida en el barrio de aquella época fue difícil, sobre todo, porque había que aceptar que estando relativamente cerca de grandes ciudades se vivía prácticamente en el medio del campo, lo cual implicaba otros contratiempos como, por ejemplo, los residuos de la actividad industrial y, sobre todo, ferroviaria. Por aquellos años, el parque que rodeaba la estación se había convertido en un basural, en el que los empleados del

tren realizaban quemas con querosén, lo que levantaba altas y densas columnas de humo que contaminaban el aire fresco y limpio y le daban un aspecto sucio al paisaje.

“Era una tierra salvaje”, describió en una ocasión mi padre y me contó que junto a las pocas residencias de los comienzos había numerosas chacras, propiedad de terratenientes que criaban animales, principalmente, vacas. “Mientras tu abuelo se preparaba para ir a trabajar, tu abuela salía de la casa en pijama y con un látigo de cuero ahuyentaba a las vacas que se habían escapado de la chacra vecina e invadido nuestro jardín, que aparentemente tenía un césped rico”, recordó mi papá con una sonrisa durante una larga sobremesa después de un almuerzo dominical en la casa de mis abuelos, aunque para la madre de él aquella experiencia le había resultado riesgosa e intimidante más que graciosa.

Lo que sí no le agradó a mi padre fue el incidente ocurrido tiempo después cuando un toro evadido de unos de los campos embistió su flamante auto y le abolló la carrocería. En esa misma ocasión, el animal, desbocado, irrumpió en la farmacia destrozando los cristales de la vidriera del frente, que daba a la entrada del parque de la estación. Recuerdo que cuando me relató aquel incidente no lo creí, hasta que en una ocasión salió el tema en una charla circunstancial con un vecino un par de años mayor que yo que me dijo que él había ido ese día a la farmacia a comprar un medicamento para su madre y presencié el ataque furtivo del toro, ante lo cual, todos los clientes salieron corriendo despavoridos. Luego de ese violento episodio, el municipio decidió crear el Criadero de Animales Silvestres (CAS) a cargo de personal capacitado.

Antes de esto, a fines de los '30, el barrio logró tener su propia parroquia a cargo de los padres mercedarios que utilizaron unos terrenos cedidos por la curia y este templo se transformó así en otro punto de encuentro para una comunidad que seguía creciendo. Si muchas mujeres como mi abuela vencieron el miedo que provocaba vivir en

Trevithick en esa época fue gracias a la fe. Entonces, los feligreses se convirtieron en una poderosa fuerza social, al punto que a partir de sus demandas, el párroco creó al poco tiempo la escuela primaria que en su ciclo inicial contó con unos 30 alumnos, entre ellos, mi padre, quien posteriormente debió concurrir a un secundario de la Capital ya que la primera escuela de ese nivel recién se abrió en el barrio a fines de los '70.

Según mi papá, él fue un adolescente bastante “*pajuerano*” ya que cuando tuvo que empezar a viajar para asistir al secundario lo hizo acompañado de su madre, quien le enseñó a cruzar las calles de asfalto y con mucho tránsito vehicular ya que estaba acostumbrado a los pocos concurridos caminos de tierra del sur del conurbano. Es que, en gran parte, era cierto que habitaban su propio mundo, en el que parecían estar viviendo unas eternas vacaciones y las familias se reunían permanentemente en sus casas para las fiestas o celebrar algún cumpleaños, bautismo, comunión o aniversario.

Las acciones mancomunadas se gestaron con suma naturalidad en la pequeña localidad de nombre inglés y una de las principales estuvo encabezada por una vecina de nombre Eva, una inmigrante rusa e hija de granjeros que había escapado de la guerra y estaba acostumbrada a labrar la tierra en las condiciones más precarias y adversas. Con ese equipaje en sus espaldas, en 1958, esta mujer decidió diseñar el parque de la estación para que éste dejase de ser un sitio sucio, feo y abandonado. Eva ya había ayudado a otras vecinas a plantar sus jardines y mantenerlos en el clima frío e inició las gestiones para que la empresa ferroviaria finalmente cediese los terrenos para convertirlos en un amplio y colorido vergel. La promotora de este proyecto también contó con el apoyo de la Dirección de Parques y Paseos provincial que colaboró con el envío de los primeros árboles que se plantaron en el parque, el cual quedó conformado por numerosos paseos.

Y en 1970, un grupo de vecinos fundó la cooperativa “Amigos del Parque”, cuya primera presidente fue justamente Eva, quien a través de esta organización buscó institucionalizar el cuidado y mantenimiento de los terrenos que rodeaban la estación, la cual conservó su edificio histórico y le agregó un monumento único ubicado a metros del andén, en una vía muerta y a la vista de todos: la primera locomotora a vapor que pasó Trevithick pero restaurada.

Esta máquina se convirtió en una gran atracción para los niños que solían jugar tardes enteras a bordo de ella, mientras que los visitantes de paso no se cansaban de sacarse fotos junto a la misma, como en un ritual impostergable en un destino turístico clásico. En tanto, el parque recibió numerosos premios por la belleza de sus jardines y cuando Eva murió adoptó el nombre de su hacedora, así como los distintos paseos fueron recibiendo los de otros vecinos destacados de la zona, entre ellos, “Deivid” Grant. Lamentablemente, la laboriosa Eva ya había fallecido cuando su parque fue nombrado de “interés provincial”.

Según mi padre, “Deivid” no fue un gran jugador de golf y si bien practicó dicho deporte, se dedicó más a la paleta, en el que su nivel fue algo más destacado y le valió el reconocimiento de sus pares.

El club de paleta, construido frente a la estación y a unas pocas cuadras de distancia del campo el golf, fue el más popular de los dos ya que reunió a los jugadores provenientes de las clases medias y bajas que superaban en número a los de los estratos altos. De todos modos, muchos practicaban ambos deportes debido a los lazos de amistad que compartían entre todos y sin importarles si eran propietarios de las grandes y lujosas residencias o simples empleados rurales. Y, de acuerdo a mi padre, quien se dedicó más al fútbol como yo, ambos grupos “convivían en armonía”.

Por su parte, las mujeres fueron quienes se pasaban prácticamente todo el día en el barrio mientras los hombres trabajaban lejos, principalmente en la Capital. Por eso, a cada una de ellas las llamaban “la señora de...”

En cuanto al fútbol, la cancha de “5” más utilizada fue la del club de paleta donde se organizaron torneos para los más chicos, quienes adoraban ese predio, en el que los adultos también se dedicaron a promover la cultura a través de la quema del muñeco de Fin de Año y los fogones de San Pedro y San Juan.

“El golf era muy lindo pero el tiempo que pasamos en el club de paleta fue un regalo de Dios”, reiteraba mi padre, quien, además, fue uno de los más asiduos jugadores que utilizaron en los '80 y 90' la cancha de pádel de su predio favorito en el que también hubo una “U” para andar en *skate* y una cancha de *squash*.

Con la llegada del Siglo XXI se produjo el fin de la moda de jugar al pádel y la “U” se demolió para montar en el espacio que ocupaba un gimnasio con aparatos. Además, la cancha de fútbol pasó a ser de césped sintético, lo que promovió también la práctica del hockey.

Y si bien Trevithick siguió siendo por decreto un “pueblo residencial” emergieron las viviendas precarias y los edificios de varios pisos, y proliferaron los locales comerciales. Pero lo que nunca cambió fue el antiguo edificio de la estación y la locomotora a vapor ubicada junto al andén en medio del Parque Eva, el cual fue escenario el 9 de julio de 2007 de la segunda nevada de la historia de la localidad.

Como era un día feriado, los vecinos salieron en masa a jugar con la nieve en los jardines hasta muy tarde. Esta vez, el fenómeno fue bastante inusual ya que las temperaturas no bajaron de cero y el clima no fue lo suficientemente hostil para forzar a las personas a resguardarse en sus hogares. Según el Servicio Meteorológico, que en esta ocasión sí alertó sobre la posibilidad de la tierra se tiñera de blanco, la nevada se

debió a un viento frío proveniente de la Antártida y un centro de baja presión originado en la Cordillera. Se trató de un episodio verdaderamente increíble y el que tuve el privilegio de experimentar en forma directa, sin relatores intermedios.

En ese invierno, el último con verdaderas bajas temperaturas ya que luego no se produjo siquiera una helada que blanqueara los jardines, Darío y Milena, quienes por entonces no convivían, se distanciaron y él decidió pasar gran parte de su tiempo libre dedicado a la vida social con Mariana, una vieja “amiga” y ex compañera de escuela de la que siempre se había sentido atraído, especialmente, desde lo físico. Desde adolescente, “Marian”, como todos sus conocidos la llamaban, adquirió entre los hombres la reputación de practicar un delicioso sexo oral y una gloriosa masturbación con sus voluminosos pechos. Por esto último, los chicos le decían secretamente “La Turca”, aunque ella no tuviese ningún rasgo característico de esa cultura.

Desde el viaje de egresados a Bariloche que Darío había querido introducir su pene erecto en la boca de Mariana o frotarlo entre sus tetas, y el deseo nació cuando él despertó completamente borracho una madrugada, ya casi de día, en la habitación de unos estudiantes que compartían el mismo hotel que su grupo y vio a su compañera de espaldas y de rodillas en el suelo chupándose a uno de los chicos que dormían allí. Desde entonces, jamás pudo borrar de su mente el movimiento vertical de la cabeza de ella y el sonido inconfundible de la succión.

Años más tarde Darío ya estaba de novio con Milena cuando coincidió con Mariana en la fiesta de cumpleaños de un amigo en común en la que ella, alcoholizada y dolorida porque se había peleado con su novio de aquel momento, acompañó al agasajado a comprar más hielo para el fernet y le practicó sexo oral en el auto mientras el conductor ni siquiera había alcanzado a sacar el vehículo de su casa donde se desarrollaba la celebración con decenas de asistentes. Esta vez, Darío no presencié la

mamada pero no pasaron muchos días para que un amigo le contara los detalles de lo ocurrido.

A pesar de todo ello, Darío jamás había estado cerca de darle siquiera un beso a su amiga Mariana ya que más allá de esos dos episodios aislados, ella estaba permanentemente de novia aunque no siempre con el mismo hombre.

Sin embargo, cuando se produjo la segunda nevada Mariana estaba sin pareja, al igual que Darío, y había vuelto a vivir con sus padres y sus dos hermanas menores en Trevithick tras haber residido muchos años en Capital, cerca de su lugar de trabajo y de la universidad a la que asistió y en la que se graduó en dos carreras.

Marian era, o ella misma pretendía creerlo así, una mujer independiente y, como tal, no se sentía cómoda viviendo nuevamente con su familia, por lo que pasaba mucho tiempo fuera del hogar y encontró un refugio en lo de Darío, quien ocupaba una enorme casa semivacía ya que sólo la compartía con Tessa, su madre, quien ya estaba separada de Jorge, en tanto que su hermana Maia lo hacía con su novio en un pequeño departamento de las inmediaciones.

Por entonces, Darío invitaba seguido a su amiga a cenar los fines de semana, durante el cual también iban juntos al cine y/o a tomar unos tragos a algún bar. Ante esta situación, el entorno de estos dos comenzó a creer que estaban en pareja o que mínimamente se acostaban, pero cada vez que ella se acercaba a insinuarle una remota posibilidad de tener sexo interponía entre ambos alguna historia con un hombre que apenas conocía del trabajo o de la Facultad. En un principio, Darío pensó que se trataba de una táctica para provocarlo y no se desalentó. Él creía tener las cosas claras: quería acostarse de una buena vez con Marian pero no entablar un noviazgo con ella, quien, en cambio, sí buscaba una relación seria, aunque mientras no lo lograba mantenía encuentros íntimos ocasionales.

Pero lo que más le molestaba a Darío no era que ella no se le entregara, sino que tuviese sexo con hombres menos atractivos que él, y cada vez que esto ocurría no podía evitar pensar que su amiga lo evitaba intencionalmente porque creía que él todavía seguía enamorado de Melina y que sólo era una cuestión de tiempo en que retomasen la relación, por lo que no se atrevía a quedar en medio de una asunto de ese tipo. Además, él sabía perfectamente que las dos mujeres no se agradaban demasiado, a pesar de que ninguna de ellas lo admitiese.

Los amigos de Darío, Ariel inclusive, lo alentaron a que siguiera buscando la oportunidad de acostarse con Marian y un viernes a la noche que ella estaba sola en su casa y lo invitó a cenar y a ver una película, él decidió ir al frente con toda su artillería, la cual resultó inofensiva ya que su amiga se convirtió en un fuerte infranqueable en el que flamearon bien en alto unas banderas con leyendas sumamente similares a las razones de rechazo que él ya venía evaluando.

Fue un golpe duro para Darío, quien primero dejó de verse con Mariana, a pesar de que ella intentó mantener el vínculo entre ambos aunque sea con cierta distancia y frialdad, y pocas semanas después restableció su noviazgo con Milena. Por entonces, él estaba pisando los 30 años de edad y sus decisiones no solían alcanzar los resultados que buscaba, especialmente a largo plazo.

-¿Qué carajo te pasa? –preguntó Ariel a Darío minutos después de que éste prácticamente echó de su casa a sus amigos más cercanos a los que había invitado a cenar, tomar algo, escuchar música y discutir sobre fútbol y mujeres, tal como lo había implementado, casi sin falta, todos los viernes desde su separación con Melina.

Aquella noche todo transcurrió de acuerdo a los planes del anfitrión hasta que éste propuso citar a un par de prostitutas y sus amigos se negaron, no por capricho ni

cuestiones morales, sino porque aun tenían fresco en su memoria lo ocurrido la última vez que habían convocado a mujeres para tener sexo casual.

Es que durante ese evento, bautizado de antemano por sus propios organizadores como “La fiesta de las batas” ya que todos los presentes sólo podían estar vestidos con una prenda como ésa, Hernán, uno de los históricos miembros del grupo de amigos desde la adolescencia y uno de los infaltables compañeros del equipo de fútbol en el que jugaban los fines de semana hacía más de 15 años, se excedió no sólo con las bebidas alcohólicas sino con otras sustancias químicas y casi de manera inconsciente penetró sin preservativo a unas de las jóvenes que se había quedado dormida junto a otros de los compinches de Darío con el que ella se acostaba regularmente pero sin llegar a formar una pareja.

Todos los presentes sabían perfectamente que estos dos amantes, o “amigos con beneficios”, no eran exclusivos uno del otro y que en más de una oportunidad habían concurrido a un encuentro *swinger*. Además, no se trataba de la primera noche que se juntaban a coger en grupo ya que anteriormente Darío había organizado una “piragua” en la pileta de su jardín. Sin embargo, la joven nunca tenía sexo sin protección, por lo que al advertir la maniobra de Hernán se enfureció y comenzó insultarlo a los gritos.

Y para tratar de que ella se callara y no despertara a todos los demás, Hernán no tuvo mejor idea que ofrecerle dinero, lo que ofendió aún más a la chica que le pidió ayuda a su “amigo”. Pero éste prefirió no intervenir, por lo que ella estalló de ira y amenazó con presentar una denuncia por abuso sexual. Afortunadamente para todos los hombres involucrados, que superaban en número a las mujeres, Darío y Ariel lograron calmar a la joven y junto a las otras chicas la convencieron de que no acudiera a la Policía.

-Nada, ¿por? –respondió Darío, quien se encontraba acostado en el sillón de dos plazas de su living mientras Ariel recogía los ceniceros repletos de colillas de cigarrillos y los vasos medio vacíos (o medio llenos, depende) abandonados por doquier.

-Estuviste un poco agresivo al dar por concluida la reunión, ¿no te parece? – indicó Ariel luego de vaciar los ceniceros en el cesto de basura ubicado debajo del la bacha de la cocina y de depositar los vasos dentro de la misma.

-¿Agresivo?

-Sí, ¿o no te diste cuenta como los trataste a los chicos?

-No fue para tanto. ¿O viste que alguno se haya enojado?

-Yo, en lugar de ellos, me hubiera molestado.

-Pasa que son unos cagones.

-¿Por no haber aceptado llamar a unas prostitutas? –Ariel se sentó en el sillón individual ubicado justo enfrente de la posición de su amigo, que seguía recostado, mirando el cielo raso.

-No puedo creer que todavía sigan con miedo por lo que pasó la otra vez –Darío cruzó ambos brazos detrás de la nuca y sonrió con sorna.

-Dari, la mina casi nos denuncia y es hija de un comisario. Eso genera un poco de miedo, ¿o no?

-Ari, esa pendeja no iba a decir nada que hiciera que su padre se enterara que le gusta más la pija que la comida. No seas ingenuo.

-Buen punto.

-Y en el caso de que su padre, un jefe policial muy conocido de la zona, ya supiese que su preciosa hija es una puta, no iba a permitir que semejante información quedara asentado en una denuncia o un expediente.

-Cierto –Ariel se apoyó sobre el respaldo del sillón, estiró las piernas cruzadas a la altura de las rodillas y mirando fijamente a su amigo le dijo:- De todos modos, no te podés enojar por no haber llamado a las prostitutas.

-¿Y quién dijo que me enojé por eso? –Darío se reincorporó y se sentó en una posición similar a la de su amigo.

-Entonces algo te pasa. Te conozco.

-Pasa que tuve un mal día, nada más.

-A mi me parece que ya van varios días malos.

-No me molestes, Ari, ¿sí?

-Yo no te molesto más si me decís de una buena vez qué es lo que te está pasando. Dale, loco, soy tu mejor amigo. Contame.

-Está bien. Está bien –respondió Darío bajando el tono de voz y señalando la botella de whisky que había quedado arriba de la mesa del comedor junto a dos vasos.

-¿Y, qué pasa? –insistió Ariel caminando hacia la mesa, sobre la que llenó ambos vasos.

-Quilombos familiares. Eso pasa.

-Bueno, todos tenemos problemas en nuestras familias –Ariel ya estaba de nuevo sentado en el sillón y le alcanzó uno de los tragos a Darío.

-Sí, es cierto. Pero vos no tenés idea de cómo es la mía.

-Estás jodiendo, ¿no? Conozco a todos: a tu mamá, tu papá, tu hermana, tus tíos, tus primos... También conocí a tus abuelos ¿Qué más?

-Vos no entendés –Darío hizo una pausa y bebió un largo sorbo de whisky.

-A ver... ¿Qué no entiendo?

-Ari, vos ni siquiera podés imaginarte cómo es tener de padre al mismísimo Jorge Grant, el *gentleman* del negocio inmobiliario e hijo del gran Deivid.

-No creo que sea tan malo, che.

-¿Malo? Es una pesadilla.

-¿Para tanto?

-Fijate hasta que punto lo es que me paso todos los días de mi vida batallando para no parecerme a él.

-Eso lo decís ahora, pero cuando ya no lo tengas con vida, lo vas a extrañar. Te lo aseguro, Dari.

-No lo creo amigo. Y para lo único que espero que viva muchos años más es para que él en persona arregle todos los líos que le dejó a la familia.

-Hablás así porque ahora estás enojado con él pero ya se te va a pasar...

-Ojalá fuese algo pasajero pero no lo es, créeme. Es como una cruz que cargo desde que nací.

-¡No seas tan dramático, por favor!

-Pasa que vos tenés otro tipo de relación con tu papá, una muy buena.

-Mirá, mi papá no es perfecto y yo tampoco, pero no lo culpo a él por todos mis defectos. No sería justo.

-Justo sería que yo no haya tenido que vivir toda mi vida a la sombra de mi papá y que todo el mundo me dijera “Junior” o “Jorgito” en vez de mi nombre. ¿Sabés lo doloroso que es eso?

-No, no lo sé. Pero no te pongas así. No te sirve de nada enojarte. ¿O no te das cuenta que últimamente vivís irritado, a las puteadas por cualquier cosa?

-Perdona si te hablé mal –Darío apoyó el vaso ya vacío en el suelo, junto a los pies del sillón-. Es que cuando me caliento no me doy cuenta de eso.

-Todo bien.

-Es este asunto que me saca de las casillas. Siempre igual.

-Ok, entiendo. Mejor cambiemos de tema.

-Sí, por favor.

-Pero antes dejarme decirte una cosa sola más.

-A ver...

-Yo conozco a tu papá desde que vos y yo empezamos el jardín de infantes y me atrevo a decir que no te parecés mucho a él.

-¿Ah, sí?

-Sí. Sólo te parecés a él justamente cuando te comportás así –Ariel extendió sus dos brazos hacia adelante, señalando a su amigo que había vuelto a recostarse.

-¿Así, cómo?

-Como un resentido.

-¡Andate a la mierda! -Darío se paró bruscamente.

-Pará, dejame terminar.

Darío no volvió a sentarse y con sus ojos inyectados en sangre fulminó a Ariel, quien siguió sentado.

-Lo que tenés que entender es que vos, en el fondo, no sos un resentido, él sí. Por eso tenés que dejar de ver fantasmas por todos lados porque ésa es una batalla que sólo existe en tu mente. La realidad es completamente diferente, en serio.

-Está bien. Como vos digas –el dueño de casa dio media vuelta con los brazos en jarra y dio unos pasos en círculo alrededor del living comedor.

-No le des importancia a la gente que te dice “Junior” o “Jorgito”. Evidentemente son personas que no te conocen. Yo sí te conozco y te aseguro que vos sos vos y tu papá es tu papá, cada uno con sus propias virtudes y defectos.

-Ok. No me recites un sermón que no estás dándole clase a un alumno tuyo.

-Listo. No te digo más nada. Pero para que podamos seguir conviviendo deja de estar enojado todo el tiempo.

-No estoy enojado todo el tiempo –las palabras de Darío sonaron más espaciadas al tiempo que su amigo lo seguía con la vista por todo el ambiente.

-Tenés razón, excepto cuando no estás en pedo o con una mina.

-Jajá, ¡qué gracioso!

-En serio te lo digo. Relajate porque te vas a enfermar.

-La misma mierda me decía Melina.

“Tu amigo es insoportable”, solía decirle ella a Ariel cada vez que discutía con Darío y la misma frase le repetía Milena cuando en privado se refería a la otra pareja. Y en este momento en que los dos amigos se encontraban solos, esas cuatro palabras sonaban como un eco eterno perdido en el vacío.

-¿Y nunca se te ocurrió pensar que esa forma de ser tuya pudo haberla cansado?

-Seguro que sí y me lo ha dicho, en varias oportunidades.

-Y bueno, amigo, ¿no sería mejor que corrijas eso?

-Vos hablás como si fuer fácil.

-Ya sé que no lo es. Pero tenés que intentarlo.

-¡¿Intentarlo?! ¿No te dije al principio que estoy batallando sin cuartel contra eso desde que me levanto hasta que me acuesto?

-Está bien, está bien. No volvamos al comienzo. Detesto hablar en círculos y encima te veo a vos dando vueltas y me mareo.

-Eso es porque estás en pedo –bromeó Darío y acto seguido se quedó quieto como estatua al pie de las escaleras que conducían a la planta alta.

-Bueno, hacé de cuenta que no te dije nada.

-Me voy a dormir –el dueño de casa puso un pie en el primer escalón.

-No te vayas así, gil.

-¿Así, cómo?

-Mal.

-No estoy mal.

-Dari, vos te estás haciendo demasiados problemas por los asuntos de tu familia y dejás que te afecten negativamente en tu vida personal. Dejá de hacerte la cabeza, por favor.

-Ari, yo no estoy todo el tiempo pensando en esos asuntos. Los problemas vienen a tocarme a la puerta o me llaman por teléfono, ¿qué querés que haga?, ¿qué no atienda?, ¿qué me esconda debajo de la mesa?

Ariel se calló porque su amigo, en gran parte, tenía razón, sobre todo porque a él le constaba que los problemas familiares visitaban a Darío disfrazados de su madre o su hermana, por lo que las apariencias lo engañaban cada vez que aquel creía que no corría ningún riesgo al abrir la puerta o atender su celular y que sólo se trataban de acercamientos inofensivos. Sin embargo, de alguna u otra forma, él terminaba adolorido y angustiado por los planteos de fondo que sonaban como un disco rayado. Además, conocía bien a esas dos mujeres y le asombraba la capacidad de estas dos para hablar del mismo tema, una y otra vez, pero de manera diferente en cada ocasión.

-Yo sólo trato de hacer las cosas lo mejor posible, Ari. Nada más –concluyó Darío, visiblemente exhausto, y a medida que subía por las escaleras y recorría el pasillo hacia su dormitorio fue accionando los interruptores de las paredes para apagar las luces de la vivienda que en unos segundos quedó completamente a oscuras, excepto por la lámpara ubicada junto al sillón donde Ariel seguía sentado y pensando en las últimas palabras de su amigo, a quien consideraba una de esas personas que no encontraban demasiado sentido en “hacer las cosas bien” ya que esa actitud no te convertía en un

mejor individuo sino que sólo atenuaba el sentimiento de culpa y apenas aportaba un poco de tranquilidad de conciencia.

“¡Te vas a enfermar!”, exclamó Ariel antes de que Darío se perdiera en las sombras de su habitación donde resonaron los pasos de aquel sobre el piso de madera.

“Ya es tarde para darme ese consejo, profesor”, masculló el dueño de casa justo antes de cerrar la puerta del dormitorio.

Lo cierto es que, sin dudas, Darío padecía un cuadro terminal de odio. Él lo sabía y lo estaba consumiendo por dentro, como un maldito cáncer. Y si hay algo peor que odiar es cargar con ese sentimiento día y noche.